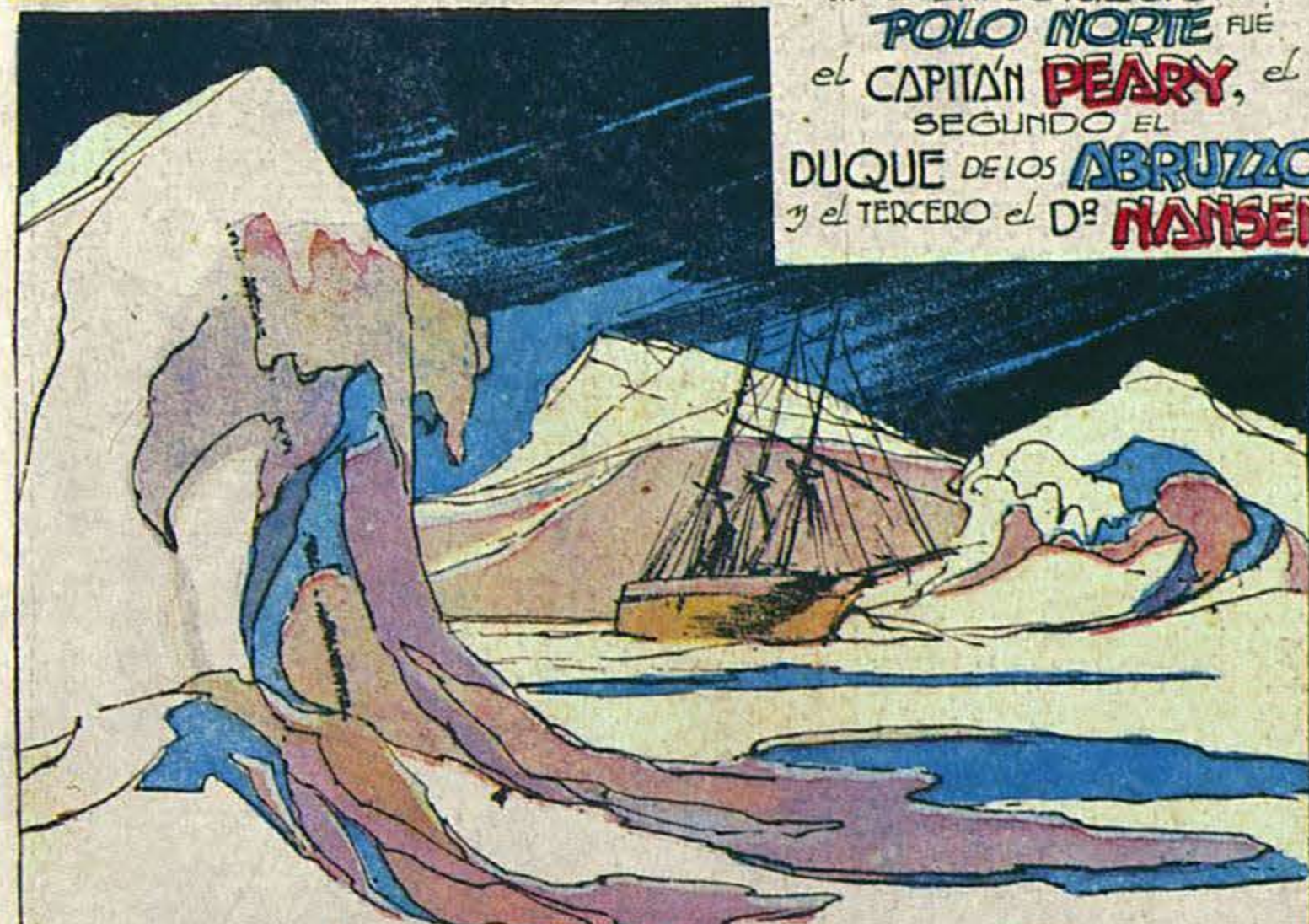


## VISTO Y OIDO ★ Pasa por el fuego sin quemarse por **PREMIANI**



La **SALAMANDRA** ACUMULA AGUA en su CUERPO y CUANDO HACE CALOR SE DA UNA DUCHA por los POROS. DE AQUI QUE PUEDA VIVIR un TIEMPO en el FUEGO.

En **HOLANDA** SE CULTIVAN **TULIPANES NEGROS.**



El HOMBRE QUE MAS AVANZO en la EXPLORACION del **POLO NORTE** FUE el **CAPITAN PEARY**, el SEGUNDO EL **DUQUE DE LOS ABRUZZOS** y el TERCERO el **D<sup>e</sup> NANSEN.**



El **GRAN CONSEJO** DE LOS **TUDORES** de **INGLATERRA** se REDUJO DURANTE el REINADO DE **GUILLERMO DE ORANGE** a un PEQUEÑO CONSEJO PRIVADO que SE REUNIA en un **GABINETE** del PALACIO REAL. DE AHI el NOMBRE de **GABINETE** QUE SE DA, AUN en las REPUBLICAS al CONJUNTO de **MINISTROS.**



**PERIONE**

**MARFORIO**

Una **ESTATUA GRIEGA** EMPLAZADA en el SIGLO XVI en la **CALLE ROMANA PERIONE**, FRENTE a la **CASA** del **MAESTRO PASQUINO**, SIRVIO de PUNTO de REUNION DE CLERIGOS y de DEPOSITO de VERSOS SATIRICOS, en su MAYOR PARTE DE ESTUDIANTES. DE AHI PROVIENE el NOMBRE de los **PASQUINES**. LUEGO SE COLOCO CERCA otra **ESTATUA**, la de **MARFORIO** que PERSONIFICA un RIO, y DESDE ESTA CONTESTABAN OTROS VERSOS a los de **PASQUINO.**



# DONDE SU FUEGO NUNCA SE APAGA

POR  
MAY SINCLAIR

Ilustración de Pargnoli

**N**O había nadie en el huerto. Con prudencia Enriqueta Leigh salió por el portón al campo, sin hacer ruido con la alidaba, sin que nadie la notara, y siguió la senda que desde el huerto iba a la barrera, donde bajo el sauce en flor, la esperaba Jorge Waring.

Pero cuando la acompañó a casa, la dejó en el portón del jardín. Lo había pensado mejor. Ella no estaba segura de si se alegraba o afligía por todo eso. Había gozado de su momento de exaltación virtuosa, pero no hubo alegría en las semanas siguientes. Había querido dejar a Oscar Wade porque no la atraía mucho, y ahora lo deseaba con furia, con perversidad, porque había renunciado a él antes.

Como que él otra vez, hasta que conoció al restaurador de memoria: las paredes blancas con paneles de contornos dorados, los pilares blancos y dorados, las blandas alfombras turquesas, azul y carmesí; los almohadones de terciopelo carmesí que se prendían a su saya, los destellos de plata y cristalería en las innumerables mesas circulares. Y las fachas de los clientes, de todos colores y expresiones, y las luces en su pantalla roja, que tenían el densa aire como el vino rojo al agua. Y la cara de Oscar, roja por la cena. Siempre, cuando él se echaba atrás en su silla y pensaba, ella sabía, en qué. Cuando él alzaba sus pesados párpados, fijaba los ojos en ella, considerando, cavilando.

Jóvenes Caidas, de Maida Vale y Kilburn. Los momentos más solemnes de su vida religiosa y filantrópica culminaron en la hora de su muerte. Cuando tuvo que confesarse, su mente retrocedió a su pasado, y allí encontró a Oscar Wade. Caviló algo si hablaría de él. Por un rato pensó que sería posible; pronto se dio cuenta que no podría. No podía. No era necesario. Por veinte años él no había tenido parte en su vida. Hizo una cuidadosa selección. —Me ocupé demasiado de lo bello en este mundo... Falté en caridad a mis pobres muchachas... Por intensa repugnancia de su pecado... Pensé a

una joven de unos treinta y dos años. Su muerte no tenía pasado ni futuro, ningún recuerdo cortante ni coherente, ninguna idea de lo que iría a hacer. Luego, de repente, el cuarto empezó a apartarse de sus ojos, a partirse en haces y zonas que se dislocaban y eran como arrojados a diversos planos. Se inclinaban en todo sentido, se cubrían y cubrían con una mezcla transparente de diferentes perspectivas, como reflejos en vidrios. La cama y el cuerpo se deslizaron hacia cualquier parte hasta perderse de vista. Ella estaba de pie ante la puerta que aun quedaba en su posición. La

su fantasma. Había muerto; había muerto hacía diecisiete años. Se sentía ahora libre de él para siempre. Cuando ella salió al atrio de la iglesia vio que la calle había cambiado. No era la calle que recordaba. La acera de este lado era una larga galería cubierta limitada hacia la calle por altas pilares, y hacia dentro por vidrieras brillantes de negocios. Iba por los pórticos de la calle Rivoli, en París. Allí estaba el porche del Hotel Saint Pierre. La puerta giratoria la hizo entrar, cruzó el gris y sofocante vestíbulo, que ya conocía. Fue directamente a la gran escalera de gris alfombra, subió los peldaños innumerables que giraban en espiral alrededor de la jaula del ascensor, hasta un conocido rellano, y un largo corredor gris, con una ventana opaca al final.

sentir el calor de la cara congestionada, y el olor del vino en el denso murmullo: "Yo sabía que vendrías". Comió y bebió en silencio, royendo y sorbiendo en silencio, postergando el abominable momento final. Al último se levantaron y afrontaron. El gran volumen de Oscar estaba ante ella, encima de ella, que casi sentía la vibración de su poder. La llevó hasta el pie de la escalera de alfombra roja tan conocida, y cuando ella quiso apartarse, él la volvió y la hizo subir. Pasó por la puerta blanca de la salita que conocía, con los mismos muebles, las cortinas de muselina, el espejo dorado sobre la chimenea con los dos bebés de porcelana, de miembros bulbosos y guirnalda en la cintura, la mancha en la alfombra parda ante la mesa, el viejo e infame canapé tras el biombo. Se movieron por la salita, girando como fieras en jaula, incómodos, enemigos, evitándose. "Es inútil que te escapes así", dijo él. "No podía eso terminar de otro modo, lo que hicimos". "Pero eso terminó". "Terminó allá, acá no". "Terminó para siempre". "No. Debemos empezar otra vez. Y seguir, y seguir". "Ah, no, cualquier cosa menos eso. No recuerdas cómo nos aburrimos?". "Recordar? ¿Te figuras que yo te tocaría si pudiera evitarlo?... Para eso vivimos. Debemos hacerlo. Debemos". "No. No. Me voy ahora mismo". "No puedes", dijo él. "La puerta está con llave". "Oscar, ¿por qué la cerraste?". "Siempre lo hicimos. ¿No recuerdas?".

"Nunca. Mi amor por ellos fué inocente". "Tu amor por mí era parte de ese amor. Crees que lo pasado afecta lo futuro. ¿No te ocurrió nunca que lo futuro pueda afectar lo pasado?". "Me iré lejos", dijo ella. "Y, esta vez, iré contigo". La barrera, el sauce y el campo flotaron y se le perdieron de vista. Iba sola hacia la aldea, pero se daba cuenta que Oscar Wade la acompañaba del otro lado del camino, paso a paso, como ella, árbol por árbol. Y luego hubo pavimento gris bajo sus pies y una galería la cubrió: iban juntos por la calle Rivoli, hacia el hotel.

—Mi padre no nos deja. Es un bruto. Dice que somos demasiado jóvenes. Quiere que esperemos tres años más. —Tres años hasta que nos comprometamos no más. Ya podríamos morir. Cumplicí veinte años en agosto —dijo el ofendido. —Y yo tendré diez y siete en diciembre. —Y ahora es junio. Realmente, ya somos viejos. Ella lo abrazó para darle seguridad. A través del campo oyeron al reloj de la aldea dar las siete. En la casa sonó un gong. El la estrechó más fuerte. Duró eso cinco minutos, y otros cinco más. Luego se apuró él hasta su trazo en la estación, mientras ella volvía despacio, luchando con sus lágrimas.

Ella no sabía en qué acabaría eso. Recordaba a Jorge Waring y su propia vida deslustrada. No lo había elegido a Oscar, y realmente no lo había deseado, pero ahora que él se había impuesto, no podía dejarlo ir. Ella estuvo cierta del final antes que él. Sólo que no sabía cuándo y cómo y dónde sería. Eso era lo que Oscar sabía. Vino ella al final de una de sus cenas, en una salita reservada. El había dicho que no se portaba el calor y el ruido en el restaurant público. Y de tiempo en tiempo repitieron la furtiva aventura, allí o en casa de ella, cuando no estaba su sirvienta. Pero eso era peligroso y no había que descuidarse.

Oscar se declaraba inmensamente feliz. Enriqueta no se sentía del todo segura. Esto era amor, lo que nunca tuvo, lo que sonó y deseó con hambre y sed; pero ahora que lo tenía no estaba satisfecha. Siempre esperaba algo más allá, algún éxtasis místico, celestial, que siempre se anunciaba y nunca llegaba. Algo en Oscar la repugnaba, pero por ser su amante, no podía admitir que eso era un cierto dejo de grosería. Para justificarse, pensaba en sus buenas cualidades, su generosidad, su fuerza, cómo había levantado su negocio de ingeniería. Le hacía hablar de sus oficinas, de su fábrica, de sus máquinas, le hacía prestarle los mismos libros que él leía. Pero siempre que ella trataba de conversar, él le hacía ver que ella no estaba en lo suyo, que toda la conversación que un hombre necesita la tiene con sus amigos hombres. Y le insistía en que para obtener plena satisfacción del amor no había mejor arreglo que vivir juntos; que era lo único razonable.

En la primera ocasión y pretexto que él encontró, fué a París, sin tener que mentir por ello; tenía realmente asuntos en París. Allí se juntaron en un hotel de la calle Rivoli y pasaron dos semanas en toda clase de sensaciones. Por tres días Oscar estuvo loco con ella y ella con él. Cuando ella se despertaba, encendida la luz y la contemplaba en su sueño, que lo hacía inocente y suave, ocultando sus ojos, afinando la expresión de su boca.

Recordaba que debía ir a la izquierda. Pero algo había allí, donde el corredor doblaba en la ventana, al final de todos los corredores. Si tomaba la derecha, podría escaparse. El corredor se detenía allí, en un muro liso; tuvo que volver hacia la izquierda, y siguió un laberinto de corredores hasta una puerta torcida que dejaba pasar luz por la rendija de arriba. Ahora podía ver el número encima, 107. Algo había pasado allí. Si entraba sucedería otra vez. Oscar Wade estaba en el cuarto esperándola tras la puerta cerrada. Lo oía moverse. Escuchó y oyó sus pasos mesurados que venían de la cama a la puerta. Ella se volvió y corrió; las rodillas se le doblaban, se hundía corriendo por los largos corredores y escaleras abajo, rápida y ciega como un animal que huye, oyendo los pies de él siguiéndola.

La puerta giratoria la recibió y la empujó a la calle. La extraña cualidad de su estado era que no medía el tiempo. Recordaba vagamente que había habido una vez algo, llamado tiempo, pero había olvidado a qué se parecía. Se daba cuenta de cosas que sucedían o que estaban por suceder; las fijaba ella por el lugar que ocupaban, y medía su duración por el espacio que cruzaba. Así que ahora pensaba: Si pudiera ir para atrás hasta el lugar en que eso no había sucedido. Más atrás.

Ella volvió a la puerta; no pudo abrirla, la sacudió, la golpeó con las manos. "Es inútil, Enriqueta. Si ahora sales, tendrás que volver. Lo podrás dilatar una hora o dos, pero que es eso en la inmortalidad?". "Habrá tiempo para hablar de inmortalidad cuando estemos muertos... ¡Ah!". Se sentían atraídos uno al otro a través de la sala, inviolados despacio, como si tirados de una danza monstruosa, con sus cabezas echadas hacia atrás, sus caras apartadas de la horrible cercanía. Sus brazos se alzaron lentos, pesados por intolerable repugnancia; los extendieron mutuanamente, doliéndoles, como si sostuvieran un poco abrumador. Algo atraía los pies de ambos, de uno al otro, aunque se arrastraban en contra.

En la última muerte estaremos encerrados en esta salita, tras esa puerta con llave, juntos. Yaceremos aquí juntos, para siempre, tan estrechamente ligados que ni Dios podrá separarnos. Seremos una carne y un espíritu, un pecado repetido siempre y siempre; el espíritu asqueroso del espíritu; tú y yo, asquerosos uno del otro". "¿Por qué? ¿Por qué?", gritó ella. "Porque eso es todo lo que nos queda. Esto es lo que hicimos del amor". La oscuridad inundó todo, y borró la salita. Ella caminaba, por un jardín entre planas más altas que ella. Tiró de unos tallos y no tenía fuerza para romperlos. Era una criatura. Se dijo que ahora estaba en seguridad. Tan lejos había retrocedido, hasta ser otra vez infantil. Ser inocente, sin recuerdo, la mente en blanco, era estar en seguridad al fin.

Enriqueta Leigh esperaba sentada en la sala de su casa en Maida Vale, donde vivía desde la muerte de su padre, pocos años antes. Estaba inquieta, no sacaba la vista del reloj esperando los cuatro, la hora que había fijado Oscar Wade. No estaba segura que vendría, después que ella lo había rechazado ayer. Ahora se preguntaba ella por qué, si ayer lo había rechazado definitivamente, lo recibía hoy. Sus motivos no los encontraba claros ella misma. No debería verlo más, nunca más.

En la primera ocasión y pretexto que él encontró, fué a París, sin tener que mentir por ello; tenía realmente asuntos en París. Allí se juntaron en un hotel de la calle Rivoli y pasaron dos semanas en toda clase de sensaciones. Por tres días Oscar estuvo loco con ella y ella con él. Cuando ella se despertaba, encendida la luz y la contemplaba en su sueño, que lo hacía inocente y suave, ocultando sus ojos, afinando la expresión de su boca.

Un buen día vino la ruptura. Fué Oscar quien murio primero, tres años después de la ruptura, de apoplejía. Su muerte fue un inmenso alivio para Enriqueta. Ahora nadie sabía su secreto. Sin embargo, en los primeros momentos se decía ella que así estaría él más cerca que nunca, y olvidaba qué poco había querido estar cerca de él en vida. Antes de mucho consiguió persuadirse que él no le había estado cerca nunca. Era increíble que ella hubiera conocido a un hombre como Oscar Wade. No podía pensar ella misma que Enriqueta Leigh fuera persona a quien pudiera pasar tal cosa.

La puerta de la sacristía se abrió, y el reverendo Farmer salió, en su sotana negra. Pasó muy cerca a su lado y se detuvo esperándola; tenía algo que decirle. Ella se levantó y se aproximó a él. Él seguía esperando y no se movió para darle paso. Ella se le aproximó como nunca, tanto que los rasgos de él se confundieron. Entonces se retiró ella un poco, para verlo mejor, y se encontró mirando la cara de Oscar Wade. Estaba quieto, horriblemente quieto, cortándole el paso.

La cara muerta la asustaba y estaba por recubrirla, cuando notó un ligero movimiento. Levantó la sábana y la estiró con fuerza, pero las manos debajo empezaron a luchar convulsas, aparecieron los anchos dedos por los bordes tirándola hacia abajo. La boca se abrió, los ojos se abrieron, toda la cara la miró en agonía y terror. Luego el cuerpo se alzó y se sentó, con sus ojos clavados en los de ella; él y ella quedaron inmóviles un instante con miedo mutuo.

De repente ella se recorrió, se volvió y corrió fuera del salón, fuera de la casa, y se detuvo en el portón sin saber qué lado tomar para huir. Por un lado, el puente y el camino la llevaban a la calle Rivoli y los espantosos grises corredores del hotel. Por el otro lado, el camino cruzaba la aldea. Si podía volver más atrás, estaría segura, fuera del alcance de Oscar. En la cámara mortuoria de su padre había sido joven, pero no lo bastante. Daba volver al lugar en que fué más joven aun. Sabía dónde encontrar el lugar. Cruzó la aldea corriendo, por los zampinos de una granja, por el almácen, por la fonda "La Cabeza de la Reina", por el correo y la iglesia y el cementerio a su lado, hasta el portón sur, en los muros del parque de su niñez.

De repente ella se recorrió, se volvió y corrió fuera del salón, fuera de la casa, y se detuvo en el portón sin saber qué lado tomar para huir. Por un lado, el puente y el camino la llevaban a la calle Rivoli y los espantosos grises corredores del hotel. Por el otro lado, el camino cruzaba la aldea. Si podía volver más atrás, estaría segura, fuera del alcance de Oscar. En la cámara mortuoria de su padre había sido joven, pero no lo bastante. Daba volver al lugar en que fué más joven aun. Sabía dónde encontrar el lugar. Cruzó la aldea corriendo, por los zampinos de una granja, por el almácen, por la fonda "La Cabeza de la Reina", por el correo y la iglesia y el cementerio a su lado, hasta el portón sur, en los muros del parque de su niñez.

Algo era diferente aquí, algo que la asustó. Una puerta gris en vez de un portón de hierro. La empujó y entró al último corredor del Hotel Saint Pierre.

—Bueno, Enriqueta, usted me dijo que podía venir. Parecía echar toda la responsabilidad sobre ella. Oh, sí, Oscar, lo he perdonado. El dijo que mejor era demostrarlo vendiéndolo a cenar con él. No pudo ella darse razones para negarse, y fué, sencillamente. El la llevó a un restaurant en Soho. Oscar Wade comía como un gurmé, hasta con ostentación, dando a cada plato su importancia. Ella gustaba de su liberalidad ostentosa; él no se fía ninguna de las virtudes mezquinas. Terminó la cena. Su silencio embarazoso, y su silencio de él lo que estaba pensando.

—Bueno, Enriqueta, usted me dijo que podía venir. Parecía echar toda la responsabilidad sobre ella. Oh, sí, Oscar, lo he perdonado. El dijo que mejor era demostrarlo vendiéndolo a cenar con él. No pudo ella darse razones para negarse, y fué, sencillamente. El la llevó a un restaurant en Soho. Oscar Wade comía como un gurmé, hasta con ostentación, dando a cada plato su importancia. Ella gustaba de su liberalidad ostentosa; él no se fía ninguna de las virtudes mezquinas. Terminó la cena. Su silencio embarazoso, y su silencio de él lo que estaba pensando.

—Bueno, Enriqueta, usted me dijo que podía venir. Parecía echar toda la responsabilidad sobre ella. Oh, sí, Oscar, lo he perdonado. El dijo que mejor era demostrarlo vendiéndolo a cenar con él. No pudo ella darse razones para negarse, y fué, sencillamente. El la llevó a un restaurant en Soho. Oscar Wade comía como un gurmé, hasta con ostentación, dando a cada plato su importancia. Ella gustaba de su liberalidad ostentosa; él no se fía ninguna de las virtudes mezquinas. Terminó la cena. Su silencio embarazoso, y su silencio de él lo que estaba pensando.

—Bueno, Enriqueta, usted me dijo que podía venir. Parecía echar toda la responsabilidad sobre ella. Oh, sí, Oscar, lo he perdonado. El dijo que mejor era demostrarlo vendiéndolo a cenar con él. No pudo ella darse razones para negarse, y fué, sencillamente. El la llevó a un restaurant en Soho. Oscar Wade comía como un gurmé, hasta con ostentación, dando a cada plato su importancia. Ella gustaba de su liberalidad ostentosa; él no se fía ninguna de las virtudes mezquinas. Terminó la cena. Su silencio embarazoso, y su silencio de él lo que estaba pensando.

—Bueno, Enriqueta, usted me dijo que podía venir. Parecía echar toda la responsabilidad sobre ella. Oh, sí, Oscar, lo he perdonado. El dijo que mejor era demostrarlo vendiéndolo a cenar con él. No pudo ella darse razones para negarse, y fué, sencillamente. El la llevó a un restaurant en Soho. Oscar Wade comía como un gurmé, hasta con ostentación, dando a cada plato su importancia. Ella gustaba de su liberalidad ostentosa; él no se fía ninguna de las virtudes mezquinas. Terminó la cena. Su silencio embarazoso, y su silencio de él lo que estaba pensando.

—Bueno, Enriqueta, usted me dijo que podía venir. Parecía echar toda la responsabilidad sobre ella. Oh, sí, Oscar, lo he perdonado. El dijo que mejor era demostrarlo vendiéndolo a cenar con él. No pudo ella darse razones para negarse, y fué, sencillamente. El la llevó a un restaurant en Soho. Oscar Wade comía como un gurmé, hasta con ostentación, dando a cada plato su importancia. Ella gustaba de su liberalidad ostentosa; él no se fía ninguna de las virtudes mezquinas. Terminó la cena. Su silencio embarazoso, y su silencio de él lo que estaba pensando.

—Bueno, Enriqueta, usted me dijo que podía venir. Parecía echar toda la responsabilidad sobre ella. Oh, sí, Oscar, lo he perdonado. El dijo que mejor era demostrarlo vendiéndolo a cenar con él. No pudo ella darse razones para negarse, y fué, sencillamente. El la llevó a un restaurant en Soho. Oscar Wade comía como un gurmé, hasta con ostentación, dando a cada plato su importancia. Ella gustaba de su liberalidad ostentosa; él no se fía ninguna de las virtudes mezquinas. Terminó la cena. Su silencio embarazoso, y su silencio de él lo que estaba pensando.

—Bueno, Enriqueta, usted me dijo que podía venir. Parecía echar toda la responsabilidad sobre ella. Oh, sí, Oscar, lo he perdonado. El dijo que mejor era demostrarlo vendiéndolo a cenar con él. No pudo ella darse razones para negarse, y fué, sencillamente. El la llevó a un restaurant en Soho. Oscar Wade comía como un gurmé, hasta con ostentación, dando a cada plato su importancia. Ella gustaba de su liberalidad ostentosa; él no se fía ninguna de las virtudes mezquinas. Terminó la cena. Su silencio embarazoso, y su silencio de él lo que estaba pensando.

—Bueno, Enriqueta, usted me dijo que podía venir. Parecía echar toda la responsabilidad sobre ella. Oh, sí, Oscar, lo he perdonado. El dijo que mejor era demostrarlo vendiéndolo a cenar con él. No pudo ella darse razones para negarse, y fué, sencillamente. El la llevó a un restaurant en Soho. Oscar Wade comía como un gurmé, hasta con ostentación, dando a cada plato su importancia. Ella gustaba de su liberalidad ostentosa; él no se fía ninguna de las virtudes mezquinas. Terminó la cena. Su silencio embarazoso, y su silencio de él lo que estaba pensando.

—Bueno, Enriqueta, usted me dijo que podía venir. Parecía echar toda la responsabilidad sobre ella. Oh, sí, Oscar, lo he perdonado. El dijo que mejor era demostrarlo vendiéndolo a cenar con él. No pudo ella darse razones para negarse, y fué, sencillamente. El la llevó a un restaurant en Soho. Oscar Wade comía como un gurmé, hasta con ostentación, dando a cada plato su importancia. Ella gustaba de su liberalidad ostentosa; él no se fía ninguna de las virtudes mezquinas. Terminó la cena. Su silencio embarazoso, y su silencio de él lo que estaba pensando.

—Bueno, Enriqueta, usted me dijo que podía venir. Parecía echar toda la responsabilidad sobre ella. Oh, sí, Oscar, lo he perdonado. El dijo que mejor era demostrarlo vendiéndolo a cenar con él. No pudo ella darse razones para negarse, y fué, sencillamente. El la llevó a un restaurant en Soho. Oscar Wade comía como un gurmé, hasta con ostentación, dando a cada plato su importancia. Ella gustaba de su liberalidad ostentosa; él no se fía ninguna de las virtudes mezquinas. Terminó la cena. Su silencio embarazoso, y su silencio de él lo que estaba pensando.

—Bueno, Enriqueta, usted me dijo que podía venir. Parecía echar toda la responsabilidad sobre ella. Oh, sí, Oscar, lo he perdonado. El dijo que mejor era demostrarlo vendiéndolo a cenar con él. No pudo ella darse razones para negarse, y fué, sencillamente. El la llevó a un restaurant en Soho. Oscar Wade comía como un gurmé, hasta con ostentación, dando a cada plato su importancia. Ella gustaba de su liberalidad ostentosa; él no se fía ninguna de las virtudes mezquinas. Terminó la cena. Su silencio embarazoso, y su silencio de él lo que estaba pensando.

—Bueno, Enriqueta, usted me dijo que podía venir. Parecía echar toda la responsabilidad sobre ella. Oh, sí, Oscar, lo he perdonado. El dijo que mejor era demostrarlo vendiéndolo a cenar con él. No pudo ella darse razones para negarse, y fué, sencillamente. El la llevó a un restaurant en Soho. Oscar Wade comía como un gurmé, hasta con ostentación, dando a cada plato su importancia. Ella gustaba de su liberalidad ostentosa; él no se fía ninguna de las virtudes mezquinas. Terminó la cena. Su silencio embarazoso, y su silencio de él lo que estaba pensando.

—Bueno, Enriqueta, usted me dijo que podía venir. Parecía echar toda la responsabilidad sobre ella. Oh, sí, Oscar, lo he perdonado. El dijo que mejor era demostrarlo vendiéndolo a cenar con él. No pudo ella darse razones para negarse, y fué, sencillamente. El la llevó a un restaurant en Soho. Oscar Wade comía como un gurmé, hasta con ostentación, dando a cada plato su importancia. Ella gustaba de su liberalidad ostentosa; él no se fía ninguna de las virtudes mezquinas. Terminó la cena. Su silencio embarazoso, y su silencio de él lo que estaba pensando.

—Bueno, Enriqueta, usted me dijo que podía venir. Parecía echar toda la responsabilidad sobre ella. Oh, sí, Oscar, lo he perdonado. El dijo que mejor era demostrarlo vendiéndolo a cenar con él. No pudo ella darse razones para negarse, y fué, sencillamente. El la llevó a un restaurant en Soho. Oscar Wade comía como un gurmé, hasta con ostentación, dando a cada plato su importancia. Ella gustaba de su liberalidad ostentosa; él no se fía ninguna de las virtudes mezquinas. Terminó la cena. Su silencio embarazoso, y su silencio de él lo que estaba pensando.

—Bueno, Enriqueta, usted me dijo que podía venir. Parecía echar toda la responsabilidad sobre ella. Oh, sí, Oscar, lo he perdonado. El dijo que mejor era demostrarlo vendiéndolo a cenar con él. No pudo ella darse razones para negarse, y fué, sencillamente. El la llevó a un restaurant en Soho. Oscar Wade comía como un gurmé, hasta con ostentación, dando a cada plato su importancia. Ella gustaba de su liberalidad ostentosa; él no se fía ninguna de las virtudes mezquinas. Terminó la cena. Su silencio embarazoso, y su silencio de él lo que estaba pensando.

—Bueno, Enriqueta, usted me dijo que podía venir. Parecía echar toda la responsabilidad sobre ella. Oh, sí, Oscar, lo he perdonado. El dijo que mejor era demostrarlo vendiéndolo a cenar con él. No pudo ella darse razones para negarse, y fué, sencillamente. El la llevó a un restaurant en Soho. Oscar Wade comía como un gurmé, hasta con ostentación, dando a cada plato su importancia. Ella gustaba de su liberalidad ostentosa; él no se fía ninguna de las virtudes mezquinas. Terminó la cena. Su silencio embarazoso, y su silencio de él lo que estaba pensando.

—Bueno, Enriqueta, usted me dijo que podía venir. Parecía echar toda la responsabilidad sobre ella. Oh, sí, Oscar, lo he perdonado. El dijo que mejor era demostrarlo vendiéndolo a cenar con él. No pudo ella darse razones para negarse, y fué, sencillamente. El la llevó a un restaurant en Soho. Oscar Wade comía como un gurmé, hasta con ostentación, dando a cada plato su importancia. Ella gustaba de su liberalidad ostentosa; él no se fía ninguna de las virtudes mezquinas. Terminó la cena. Su silencio embarazoso, y su silencio de él lo que estaba pensando.

—Bueno, Enriqueta, usted me dijo que podía venir. Parecía echar toda la responsabilidad sobre ella. Oh, sí, Oscar, lo he perdonado. El dijo que mejor era demostrarlo vendiéndolo a cenar con él. No pudo ella darse razones para negarse, y fué, sencillamente. El la llevó a un restaurant en Soho. Oscar Wade comía como un gurmé, hasta con ostentación, dando a cada plato su importancia. Ella gustaba de su liberalidad ostentosa; él no se fía ninguna de las virtudes mezquinas. Terminó la cena. Su silencio embarazoso, y su silencio de él lo que estaba pensando.

—Bueno, Enriqueta, usted me dijo que podía venir. Parecía echar toda la responsabilidad sobre ella. Oh, sí, Oscar, lo he perdonado. El dijo que mejor era demostrarlo vendiéndolo a cenar con él. No pudo ella darse razones para negarse, y fué, sencillamente. El la llevó a un restaurant en Soho. Oscar Wade comía como un gurmé, hasta con ostentación, dando a cada plato su importancia. Ella gustaba de su liberalidad ostentosa; él no se fía ninguna de las virtudes mezquinas. Terminó la cena. Su silencio embarazoso, y su silencio de él lo que estaba pensando.

—Bueno, Enriqueta, usted me dijo que podía venir. Parecía echar toda la responsabilidad sobre ella. Oh, sí, Oscar, lo he perdonado. El dijo que mejor era demostrarlo vendiéndolo a cenar con él. No pudo ella darse razones para negarse, y fué, sencillamente. El la llevó a un restaurant en Soho. Oscar Wade comía como un gurmé, hasta con ostentación, dando a cada plato su importancia. Ella gustaba de su liberalidad ostentosa; él no se fía ninguna de las virtudes mezquinas. Terminó la cena. Su silencio embarazoso, y su silencio de él lo que estaba pensando.

—Bueno, Enriqueta, usted me dijo que podía venir. Parecía echar toda la responsabilidad sobre ella. Oh, sí, Oscar, lo he perdonado. El dijo que mejor era demostrarlo vendiéndolo a cenar con él. No pudo ella darse razones para negarse, y fué, sencillamente. El la llevó a un restaurant en Soho. Oscar Wade comía como un gurmé, hasta con ostentación, dando a cada plato su importancia. Ella gustaba de su liberalidad ostentosa; él no se fía ninguna de las virtudes mezquinas. Terminó la cena. Su silencio embarazoso, y su silencio de él lo que estaba pensando.

—Bueno, Enriqueta, usted me dijo que podía venir. Parecía echar toda la responsabilidad sobre ella. Oh, sí, Oscar, lo he perdonado. El dijo que mejor era demostrarlo vendiéndolo a cenar con él. No pudo ella darse razones para negarse, y fué, sencillamente. El la llevó a un restaurant en Soho. Oscar Wade comía como un gurmé, hasta con ostentación, dando a cada plato su importancia. Ella gustaba de su liberalidad ostentosa; él no se fía ninguna de las virtudes mezquinas. Terminó la cena. Su silencio embarazoso, y su silencio de él lo que estaba pensando.

—Bueno, Enriqueta, usted me dijo que podía venir. Parecía echar toda la responsabilidad sobre ella. Oh, sí, Oscar, lo he perdonado. El dijo que mejor era demostrarlo vendiéndolo a cenar con él. No pudo ella darse razones para negarse, y fué, sencillamente. El la llevó a un restaurant en Soho. Oscar Wade comía como un gurmé, hasta con ostentación, dando a cada plato su importancia. Ella gustaba de su liberalidad ostentosa; él no se fía ninguna de las virtudes mezquinas. Terminó la cena. Su silencio embarazoso, y su silencio de él lo que estaba pensando.



# Un Golpe de Estado

DESDE poco antes de la media noche ha comenzado a cundir la curiosidad; luego, la alarma.

por José de España

ILUSTRACION DE GUIDA

Los contingentes de tropas montadas recorren la ciudad, silenciosos desde los toques de queda. Golpean los sables contra los arzobispos, y el tropel de los cascos rumorosos suena de modo ahogado, sordo, sobre el blanco coque de tierra, o chapalea con aguanos ruidos en las charcas de fango que, de trecho en trecho, reflejan el cielo estrellado sobre las calles desiertas.

Aquí y allá las ventanas se han entreabierto con prudente timidez y los listones de luz, proyectados sobre los grupos en marcha, han dejado ver algún detalle de los uniformes. Es el flamante cuerpo de Granaderos a Caballo que acaba de abandonar sus cuarteles y capajos de ejercicio por primera vez.

Al poco rato, un rumor profundo y característico — golpe de sólidos herrajes, sordo rodar de curruanas — ha denunciado al oído alerta de los vecinos, definitivamente despiertos ya, el paso de la artillería. Más tarde, el rítmico andar de un contingente de infantes ha acabado de dar a la asombrada población la impresión de un desusado suceso.

De puertas adentro, los vecinos, sorprendidos por tan inesperado acontecimiento, se entregan a todo género de conjeturas: ¿Será una sublevación de tropas? ¿una nueva revolución? ¿un imprevisto golpe de estado?

Desde 1810 no se ha intentado un movimiento más sedicioso en el fondo; más habil en la forma, ni más fecundo en resultados. Es simplemente el genio de San Martín, quien, a los siete meses escasos de su llegada al país, acaba de arrojar sobre el tapete político su primera carta.

Al rayar el día, grandes masas de pueblo, convocadas al son de la campana municipal, han comenzado a congregarse en la plaza de la Victoria. Allí se ha tenido la explicación del desfile de la guarnición y el regimiento de Granaderos a Caballo con los sables envainados, han amanejado en correcta formación ante el edificio del Cabildo. A su frente el pueblo ha visto con placer las juveniles figuras de San Martín y Alvear, acompañados del coronel Oribe Ocampo que mandaba el regimiento número 2 y las tropas de artillería.

El objeto de este impresionante despliegue de fuerzas es evitar que el Cabildo pueda desentenderse de la petición que va a presentarse. La petición consiste, nada menos, que en declarar caduco el gobierno actual, la cesación de la Asamblea, y el nombramiento de un nuevo poder ejecutivo con ciertas obligaciones precisas y perentorias.

La empresa es aventurada; pero, ante la absoluta necesidad de dar un vuelco total a la inabundante política del Triunvirato que amenazaba arrastrar al país a la ruina, San Martín, no ha vacilado en preparar y descargar el golpe que enderezará el rumbo de la revolución, como por arte de encantamiento.

Poco después de convocados los cabildantes bullen ya en las galerías de la casa municipal, los principales vecinos de Buenos Aires. Entre este público de más de cuatrocientas personas, aquí y allá se ven moverse los hábitos blancos, negros, pardos, de los más caracterizados representantes de las órdenes religiosas. Bernardo de Montegudo, el prestigioso orador de la juventud porteña, pasa de un grupo a otro, ágil, fino, elegante, recogiendo firmas que se van alineando al pie del petitorio.

Las últimas frases del documento le dan un sesgo legal que prueba, con harta evidencia, la consumada habilidad de sus redactores. A la conminatoria sugerencia de las fuerzas presentes se enlaza, de inmediato, la fórmula sutilmente explanatoria que dejará a salvo los principios democráticos y el espíritu de las instituciones, para subrayar de seguida, en una frase enérgica, el dilema en que, de hecho, se coloca a la voluntad de los reunidos cabildantes: "Estamos resueltos invariablemente a ofrecer el último sacrificio a la libertad de la patria, antes de consentir que se entronice la tiranía en nuestra presencia". Y, añade el escrito que ya ha aludido a la persuasiva "protección de las fuerzas presentes": "El pueblo espera la contestación de V. E. en el perentorio término de veinte minutos y le hace responsable de la menor demora".

El Cabildo — ¿qué cosa podía hacer? — ha accedido a todos los puntos propuestos y ha declarado por bando, dentro del plazo estipulado, que la Asamblea que se convocase sería suprema, con toda la extensión de poderes que los pueblos le confirieran, a fin de dictar una Constitución.

Quince días después, el gobierno entrante, dictaba un reglamento de elecciones: "para que el pueblo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, abriendo el libro de sus eternos derechos, por medio de libres y legítimos representantes, vote y decreta la figura con que debe aparecer en el gran teatro de las naciones".

La idea de San Martín, repetidamente expresada: "para que se nos conozca y se nos respete, es preciso que nos llamemos libres", encontraba así un principio de realización. La farsa inútil, tan cara a Rivadavia, de las juntas gobernando en nombre de "nuestro muy amado Fernando VII", tocaba a su fin. Con su visión rápida de las situaciones, San Martín había comprendido, desde su llegada al

país, la necesidad de un cambio fundamental en las personas e ideas del gobierno.

Urgía ganar tiempo, y, de este modo, en sólo unos pocos meses había preparado esta mutación de un repentinismo casi teatral. Simple militar, desconocido en su propia patria siete meses atrás, tenía ahora en su mano la clave fundamental de todas las grandes situaciones futuras.

La propia mirada de Rivadavia, que se había limitado a aceptar, no si un ligero dejo de burla, la presunta peligrosidad de Alvear, no había subido desde luego al calmo pergenio de San Martín, al hombre que descargaría el rayo que ya se cernía sobre su cabeza.

Si la revolución del 5 de octubre había dado en tierra con el poder del primer triunvirato, de cierto es que la actitud política de sus miembros había contribuido en buena parte a labrar su propia caída.

Desde el desmoronamiento y castigo de la conjuración de los españoles con trarrevolucionarios, encabezada por Alzaga, el gobierno no había vuelto a tener uno de esos aciertos destinados a ganarle el favor popular. Al contrario; de entonces acá, el pueblo porteño no podía atribuirle sino desastres.

La misma justicia sumaria ejercida con Alzaga y el resto de los conjurados, no había sido del agrado de todo el mundo. El pueblo, atraído por el señuelo de un espectáculo fuerte, había asistido ceñudo y angustiado a las ejecuciones de la plaza de la Victoria. Sólo un hombre, con ademanes descompuestos, abriéndose paso por entre la multitud, se había arrojado sobre el cadáver de Alzaga, y cubriéndolo de besos, se había puesto luego a repartir monedas de plata entre los asistentes para demostrar su gozo. Pero este gesto aislado sólo sirvió para tornar más siniestro el espectáculo. Aquel hombre era un italiano de ideas avanzadas a quien Alzaga había dado tormento en otra ocasión, en averiguación de un supuesto atentado terrorífico. El gobierno fue acaso demasiado lejos aquella vez. Los porteños no tenían el humor rencoroso vengativo. Después de todo, acaso hubiese corrido ya demasiada sangre.

Rápidamente, el Triunvirato de 1811, venía cayendo en una grande impopularidad. "No había cargos que la opinión pública excitada no repitiera contra la incuria, la ineptitud, la cobardía de un gobierno que nada hacía por conjurar los peligros que amenazaban llevar al país hasta los horrores de una contrarrevolución".

La situación era, en efecto, muy comprometida. El ejército portugués, lejos de retirarse, parecía hacerse fuerte en sus posiciones. Las fuerzas del norte habían recibido orden de retirarse con armas y bagajes "quemando lo que pudiesen arrastrar". Sarraute, debía abandonar el Uruguay y concentrar sus fuerzas en la margen derecha del Paraná, a la espera del momento oportuno para unirse a las tropas de Belgrano, en retirada. Amparados por este estado de creciente inseguridad, las ideas monárquicas no se abrían paso a favor del miedo explotado. ¿Qué significaba en efecto, a los ojos del pueblo, este plan de retiradas sistemáticas, de concentración general, sino la palmaria derrota de la revolución en sus frentes más importantes?

"¿Llamaban todos por el auxilio que debía prestarse al general don Manuel Belgrano, mientras el gobierno daba una atención exclusiva al ejército del norte, cuya suerte no podía quedar en riesgo, aunque se separasen de su enorme masa algunos batallones aguerridos. Sea porque el temor no discurse, o porque el celo siempre desconfía, el pueblo miraba con escándalo marchar sin resistencia las tropas enemigas del Perú sobre la provincia de Tucumán, y lejos de esperar su redención, se preparaban a hacer las exequias al heroísmo de un general sin recursos, de un ejército sin fuerza, y de un pueblo débil pero virtuoso".

En tal estado de ánimo, la victoria de Tucumán, alcanzada contra todas estas evidencias contrarias hizo cundir la indignación en Buenos Aires. Ella se lograba, llena de grandes y gloriosas resonancias, nada menos que en instantes en que el gobierno ordenaba la retirada a marchas forzadas, aceptando la derrota antes de combatir. ¿Se necesitaba una prueba más palpable de la ineptitud de un Triunvirato que semejaba despreciar sistemáticamente a los militares, los únicos capaces de salvar al país de la tormenta que parecía envolverlo ya por todas partes?

"Un descontento general se 'despliega' por todas partes: el 'funcionario público veía vacilar su destino; el simple particular esperaba por momentos el decreto de su prescripción; todos tenían un trastorno y nadie osaba prevenirlo 'por no incurrir en la pena del último suplicio que se había 'impuesto irremediablemente a 'cualquiera que hablase sobre 'las deliberaciones de la Asamblea. El progreso de sus sesiones acabó de exaltar el resentimiento de unos, affligió el celo de los otros y puso a todos 'en el conflicto de hacer un pacto de obediencia o lo 'confirmar con el silencio su propio abuso".

Y a la inercia y a la indeci-

sión venía a unirse el fraude electoral. Evidentemente, el gobierno de Pueyrredón, inspirado por Rivadavia, se empeñaba en rebasar la medida. El día anterior, 6 de octubre, era el señalado para la renovación parcial de los miembros del Triunvirato. El partido "morenista", popular y auténticamente revolucionario, había visto defraudadas sus esperanzas de colocarse en el poder a su candidato Montegudo. En su lugar, el gobierno había encontrado la manera de imponer a su "moderado y correcto" protegido, do Pedro Medrano.

La protesta violenta e indignada se hizo sentir desde el instante mismo de la elección. ¿Conservadores? El pueblo y la juventud patriota estaban hartos de conservadores. ¿No era ya llegado el momento de adoptar una actitud franca; de señalar rumbos abiertos a la revolución; de romper abiertamente con el gobierno de España. ¿Qué era lo que iban a conservar cuando, con la desorganización del ejército del Norte y la Banda Oriental entregada a los españoles, Buenos Aires parecía próxima a la catástrofe final?

La labor urbanista y administrativa del señor Rivadavia no entrecierraba a nadie. Buena hora para ocuparse de limpiar de vagos los alrededores baldíos de la ciudad, cuando lo único que surgía eran layonetas; soldados a todo trance para detener el avance incontrolable de las tropas de la Península...

Así, el golpe político dado por San Martín el 5 de octubre, terminaba muy al gusto general con este lamentable estado de cosas. Pocas semanas después de cumplida la revolución, el país parecía encauzado en una nueva vía, por la que se aprestaba a marchar con renovado optimismo. La reorganización militar se hacía sentir y prestaba tranquilidad a los ánimos. El ejército de Tucumán recibía los necesarios aportes de hombres y de recursos. Sobre la Banda Oriental narcha-

ba un poderoso ejército destinado a aventar la perpetua amenaza de Montevideo. "Así, en el espacio de los siete meses transcurridos desde la llegada de San Martín, todo había cambiado. El gobierno contaba, la política definida,



el espíritu público levantado, y la revolución desplegando la bandera de la independencia, que tomaba atrevidamente la ofensiva con dos ejércitos poderosos: tal era el cuadro general de la situación antes de terminar el año XII".

# Museo de la Confusión

por Animula Vágua

ILUSTRACION DE RODRIGUEZ

EN "La Novela Semanal" del 18 de diciembre y en la no menos semanal sección titulada "La conducta que corresponde en sociedad", fui educado sobre lo siguiente:

SI SE NOS DICE que una persona a quien vamos a visitar no se encuentra en casa, no debemos hacer ninguna pregunta sobre el sitio donde pueda encontrarse. Y si nos consta que dicha persona se halla en su casa, cuidémonos de insistir, pues lo que corresponde es aceptar la excusa que se nos ha dado sin por eso considerarnos ofendidos o desairados.

POR OTRA PARTE, a cualquiera le está permitido negarse o hacer decir a la persona que va en su busca, que no se encuentra en disposición de recibir, ya sea por tener algo urgente entre manos, ya porque en ese mismo instante se disponía a salir.

Claro que sería imprudente pretender introducirse en la morada de cualquier dueño de casa cuando éste tenga entre sus manos una columna de abejas, una bomba de dinamita, una novela del frecuentado escritor Water Scott o del menos ocupado Vit de Maupassant; un cuchillo tinto en sangre humana, una casaca o cualquier otro rápido adorno, y menos aún si en ese momento se dispone a salir. Recomendando, eso sí, efectuar las visitas cuando los moradores prefieren el caserío y no en el instante en que cambian de domicilio, optan por la expatriación, entran a

formar parte de tribus nómadas, se dedican a la caza y a la pesca o se convierten en navegantes solitarios.

La misma sección de la revista antes mencionada nos informa sobre la forma de conducirnos una vez transpuesto el zaguán y ser admitidos en el sótano o la cocina:

CUANDO la reunión no excede de seis u ocho personas, la conversación debe ser siempre general, es decir, que sólo una persona debe usar de la palabra y ser oída por todas las demás.

Costumbre muy preferible, naturalmente, a aquella otra de que hacen gala algunos desvergonzados en reuniones de seis u ocho personas, dedicándose a usar del oído mientras son aplabados por los cinco o siete restantes. Otra buena recomendación:

Y no debe olvidarse que ha-



blar a una determinada persona en un idioma que no conocen todos los presentes es una gran falta, pero lo es todavía mayor el emplear frases o palabras misteriosas, especie de clave con que los pedantes y los mal educados se reconocen y entienden. Desde todo punto de vista resulta inadecuado presentarse de visita en una casa e iniciar una conversación en forma de clavo o de bastones; murmurar a los presentes con cargosas preguntas eufemísticas; contar anécdotas a tirizando el alfabeto Morse; o destruir los muros del living-room con inscripciones paleolíticas referentes al caso. Lamentable resulta también el uso de palabras y frases como Abracadabra, Séssama ábrete, Ecce homo, ¿Que vadis?, y de peor efecto aún si son dirigidas con preferencia a la menor de las hijas solteras o a la muchacha de adentro. Evítense en lo posible, asimismo, el abuso de misteriosas cacofonías como Malmiércia Cané y facémiles, sólo frecuentadas por algunos pedantes mal educados.

## Libros Recibidos

- Benjamín E. del Castillo. — "América". — (Las tribulaciones de un bigamo). — Novela. — Buenos Aires, 1933.
- Martin Socarrat. — "17 disparos contra lo porvenir". — (Prosa). — Colección Cometa. — Edit. Tor.
- José Muñoz Cota. — "Romance tallado en alba". — (Poemas). — México, 1933.
- María Luisa Vera. — "Arcilla". — (Poemas). — México, 1933.
- Carlos B. Quiroga. — "El paisaje argentino en función de arte". — Edic. argentinas Tor.
- Consejo Superior de Educación. — (Pcia. Buenos Aires). — "Cartatula Cívica".

# Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks



## CASI EGLOGA



## LA CONJURACIÓN DE CATILINA



## LA VIDA ES UN SUEÑO







# Nacido en la Borrasca

por Amadeo A. Courel  
ILUSTRACION DE RECHAIN

**H**ABLAR en Magallanes del capitán Mateo Sandich, equivalía a mencionar un objeto característico y hasta ornamental del medio. Indefectiblemente, solía verse paseando por los muelles durante la tarde, tanto en los días apacibles del breve verano como durante las borrascas del invierno, en que las trombas de agua colándose por los laberintos del Estrecho, venían a pulverizar su furia contra los pilotes de la estacada.

El permanecía inmóvil, en actitud hierática. Parecía el genio de la tempestad contemplando su obra. Enfundado en su saco de cuero, calzando sus recias botas de agua, tocado con su gorro de lana y con la pipa entre los dientes, ofrecía un apéndice natural en su fisonomía, ofrecía un motivo magnífico para algún pintor, si en aquellos tiempos y lugares hubiera habido pintores y lobos marinos pacientes que consintieran en dejarse retratar. La faena del día consistía en eso: pasar por el muelle arrastrando el reumatismo que lo había relegado a su vida en tierra. Cuando la noche echaba sus sombras sobre las cosas, el capitán iniciaba la segunda parte de su cotidiana faena, esto es, emborracharse silenciosamente en la taberna de su compatriota el dálmata Samuel Bresler.

Muy poco hablaba el capitán Mateo, pero a veces, durante las largas veladas del invierno, cuando la ciudad iba rodeando semiseñalada bajo el algarabío de la nieve; cuando había ingerido una cantidad fabulosa de ponches, consentía en relatar alguna de las historias que a su juicio merecían los honores de la crónica.

El capitán vivía solo la mayor parte del tiempo, teniendo a su servicio una vieja chilota, tan borracha como él, que le hacía la comida y cuidaba de poner un poco de orden en la casita que, juntamente con la goleta "Santa Bárbara" constituía toda su fortuna, después de largos años de brega con los hombres y los elementos.

Profesaba a las mujeres un odio africano. Para él, tenía más valor un barril de aguardiente añejo que toda la descendencia femenina de la madre Eva, desde los tiempos del paraíso terrenal hasta nuestros días. Y si se avino a tomar a su servicio a la Rosalba, era porque le debía algunos servicios, como ser la atención prestada a la infancia del pequeño Basilio y porque ofrecía la honrosa particularidad de compartir donosamente con él — esto era lo más importante — el contenido de los envases de su bodega.

El capitán Mateo tenía familia. La familia componiase de un hijo adoptivo, fornido mozo de 23 años que a la sazón comandaba la "Santa Bárbara", la veterana goleta que desde hacía más de seis lustros venía desafiando las borrascas de los mares australes. La embarcación había sido mandada hasta hacía poco tiempo por el mismo capitán Sandich, llevando de segundo al muchacho Basilio; pero el reumatismo había hecho crisis y el viejo lobo de mar tuvo que someterse a un receso forzoso en sus actividades náuticas, de las que, al decir de malas lenguas, no estuvo ajena la pirañería en circunstanciales oportunidades. No obstante, el viejo Sandich era muy estimado entre la gente de mar, donde la bravura es siempre un objeto de culto.

Ahora, el viejo lobo contemplaba extasiado y nostálgico, la partida y regreso de su vieja "Santa Bárbara". Y durante las largas temporadas en que la embarcación se hallaba fuera, el capitán se pasaba las tardes en los muelles, otando el horizonte, como si quisiera encomendar a los vientos los mudos mensajes de tosco afecto para el viejo barco que cabecaba allá lejos entre las brumas del Antártico.

Tarea difícil hubiera resultado ordenar cronológicamente la accidentada vida del capitán Mateo a partir de los tiempos en que hiciera su aparición por los mares del Sur. Sus relatos eran inconexos y trunco. Acostumbrado a hablar poco, como todos los hombres identificados con la soledad, sus relaciones carecían de un nexo común, como si se esfumaban entre las brumas de sus recuerdos. Por otra parte, el hombre era lo suficientemente pícaro como para silenciar discretamente muchos episodios relacionados con su azarosa existencia. En cambio, sentía una delectación jubilosca cuando relataba sus entroveos con los cruceros ingleses en aguas de las Malvinas. El capitán, especializado en la caza del lobo de dos pezuñas, prefería las aguas jurisdiccionales inglesas, un poco porque abundaba la preciosa caza y otro poco por hostilizar a los hijos de Albion, a los que casi profesaba tanto odio como a las mujeres. El cazar en aguas inglesas y regresar con fuerte botín perseguido por las balas de los cruceros, era cosa que ponía fuera de sí de alegría al viejo lobo de mar.

Una vez, casi se le metió en las mltimas narices en Port Stanley. Habían cazado durante cinco días por los arrecifes de la costa oriental y la bodega se hallaba repleta de cueros y grasa. El viejo Sandich hizo repetir doble ración de aguardiente entre la tripulación y cuando todos se hallaban contentos, tuvo una humorada.

—Muchachos — dijo — vamos a refrescarlos los cueros por las barbas a los hijos de John Bull. Son tan brutos que cuando se dan cuenta, estaremos cien millas mar adentro.

Y el capitán Sandich completó la broma con aquel recurso que siempre tenía para estos casos. Sonriendo metafóricamente abrió un cofre de su camarote y sacó una bandera negra con una calavera y dos tibias cruzadas, conocida en todos los mares del globo como emblema de la piratería. Mandó arriar el pabellón chileno e izó la bandera estupefacto. El hombre lo ha mirado fijamente y ha dicho seis palabras implacables, mientras el cerebro de Minna repite: "Yo sabía que la cura no era todo, yo sabía..." Ha dicho seis palabras que se imprimen como fuego en la frente del doctor Vázquez:

—"Hace un año que estoy desorejado!"



dera corsaria, en momentos que la goleta, con medio trapo, pasaba a tres millas de la costa. Un crucero británico estaba haciendo carbón y un guardacostas se mantenía al páiro a una milla de la barra. De las chimeneas del guardacostas brotaban nubes espesas de humo negro y apelmazado, como si en las hornallas de la nave se quisiera precipitar la combustión. A los pocos minutos la espesa mole comenzó a moverse, mientras que el telegrafo de banderolas le transmitía a la gente de la goleta la orden de detenerse.

El capitán Sandich, desde el puente, con una botella en la mano les hacía pitos a los yonís del buque. Estos parecían ganar distancia, pues el guardacostas había adquirido presión y aceleraba su velocidad.

A todo esto, la bandera pirata flotaba gallardamente al tope del mastelero, con un desfachato desafío a los súbditos de su graciosa soberanía británica. Los de la goleta seguían la algarabía, cuando una bala rasa pasó rozando el palo de mesana. Entonces entró en acción el espíritu previsor del capitán Mateo:

—Cinco grados a babor y desplegar todo el trapo. Que pongan en marcha los motores. Avante... y otro jarro de aguardiente a los muchachos.

La goleta, desplegada al viento todas sus lonas recibió además el poderoso impulso suplementario de los motores Diesel, que Sandich había hecho instalar previamente hacía tiempo. La quilla filosa cortaba las aguas como un estanco, rivalizando en ligereza con el viento. En pocos minutos se hundió tras la línea del cenit, poniéndose fuera del alcance de la estrepitosa cólera del guardacostas, pesada mole que no podía competir en velocidad con aquel petrel de los mares australes.

de y parte de la noche, podíamos entrar en isla Dawson a la madrugada. Allí teníamos que completar nuestro cargamento con algunos cueros más que me había ofrecido a muy buen precio el viejo Martín Payne. Estaba escrito que aquella noche tenía que ser de perros. Cuando enfilábamos hacia Londonderry se nos apareció la viuda. Viento sudeste. Primero en ráfagas sueltas, que como ustedes saben son un mal presagio; después un verdadero ciclón. Mandé arriar las gaviotas. Fuimos recogiendo trapo hasta que por último no nos quedó más que el foque y la cangreja. El viento aullaba sobre la arboladura, el agua caía a torruetas y a estribor, alcanzábamos a vislumbrar a una distancia de treinta brazas los acantilados tenebrosos cortados a pique. Mandé por último arriar la cangreja y con el foque solamente puse timón hacia Londonderry. La pobre goleta gemía a cada bandazo, esperando que en una de esas nos estrelláramos contra los bajones que no podíamos sortear. No me movía del timón. Mandé que me ataran y desde allí dirigía la maniobra. En un bandazo se nos fué un hombre al agua; el pobre Matías Dornich. Nada pudimos hacer por él.

Interrumpióse el viejo lobo para pegarle un tazo al humeante ponche de rom, haciendo una pausa respetuosa ante el recuerdo del marino desaparecido. Después continuó con su voz siempre reposada:

—A costa de puro arrojo podíamos ir prolongando la agonía. Noté que mi gente se desmoronaba. Algunos, aullando como lobos enloquecidos, se apoderaban de las botellas bebiendo con avidéz. Entonces llamé a Demetrio, el contramaestre, y le entregué el timón. Saqué el revolver y ordené que tiraran inmediatamente las botellas y que se mantuvieron bajo disciplina no pena de morir antes de tiempo. Hubo uno que desatató mis órdenes. Murió antes de tiempo. Dios lo haya perdonado.

Ante esta segunda y trágica evocación, el viejo tomó otro trago de ponche.

—Así transcurrió mucho tiempo, no sé cuánto, pero es el caso que el temporal amainó un poco, cuando íbamos bordeando la península Darwin para entrar en el Breneck. Fue entonces cuando el timonel me indicó que desde tierra nos hacían pedimos de auxilio. Estábamos frente a la parte nordeste de la isla, ocupada por pequeños pobladores que llevaban una vida semisalvaje. No había nada que hacerle, algo grave ocurría entre la pobre gente perdida en aquellas soledades. Debe recordarse que las gentes de Chiló, hombres, mujeres y hasta niños, como las señas rudimentarias para pedir auxilio a la distancia. Las señas que se nos dirigían eran inequívocas: S. O. S. Las intermitencias, hechas con alguna fogata que se tapaba y destapaba alternativamente, diseñando los puntos y rayas del Morse, se aparecían bien claras a nuestra vista.

No relataré, muchachos, los trabajos y penurias que pasamos para arriar el bote y sortear aquel infierno de escollos hasta la costa; algunos todavía viven y fueron testigos. Baste decir, que cuando los muchachos pudieron llegar — pues yo me quedé al páiro al cuidado del bote — se encontraron con un triste cuadro. Un tal Cespedes, poblador que pedía auxilio de aquellos andurriales, había muerto la noche anterior y junto al cadáver, hallábase la esposa enloquecida de terror, conservando fuerzas solamente para pedir auxilio. Nuestro paso por aquellos lugares, aquella noche infernal, fue una tabla de salvación para la mujer. Esta fué traída a bordo después que mi gente procedió a la piadosa tarea de dar sepultura al esposo, en medio de la borrasca, almarados por las linternas marineras.

No pude menos de lanzar una blasfemia cuando vi la mujer a bordo; pero se disipó la rabia que me invadió, cuando contemplé el estado de grande avanzada en que se hallaba. Sin dejar de refunfuñar mandé que se atendieran lo mejor posible y seguí en el puente. El temporal ya había amainado notablemente, así que ordené izarse de nuevo la cangreja para poder aprovechar las rachas intermitentes sin mayor peligro y poder avanzar hacia el nordeste en dirección a Isla Dawson. Si conseguimos llegar al Estrecho, estabamos salvados.

Sería ya bien entrada la madrugada cuando Demetrio vino a llamarme con urgencia. El barco todavía cabecaba furiosamente, pero no tuve inconveniente en dejar a mi segundo y me hundi por la escotilla, dirigiéndome a mi camarote. Allí yacía la pobre mujer retorciéndose de dolor. Me habló con frases entrecortadas y me formuló fervientes ruegos. Se moría, no había remedio, pero a la vez, una nueva vida surgía a la luz. Y yo, ¡San Matías me valga!, sin poder hacer nada. En mi vida me he visto en semejante aprieto. La borrasca pasada no era nada, en comparación con aquello.

En fin, no sé lo que hice ni lo que mandé hacer a mi gente tan azorada como yo, en circunstancias tan extraordinarias. La cuestión es que, al rato, todos admiráramos como a un objeto raro y delicado, un tierno ser que bullía y chillaba como un condenado, envuelto en unos trapos limpios que pudimos conseguirle.

La mujer murió. Nada pudimos hacer por ella, Dios la tenga en su gloria. Le dimos cristiana sepultura en Dawson; pero recuerdo bien que antes de morir, sus palabras incoherentes, sus súplicas y quejidos encerraban un ruego: que no abandonara a su hijo.

Y no lo abandoné, muchachos — terminó el lobo de mar después de un nuevo trago de ponche — porque ustedes saben que yo, apesar de mis defectos, siempre fui cristiano a mi modo. El muchacho creció, se hizo en mi escuela y... ahí lo tienen.



## Y dientes...

POR GISELDA WELKER  
Ilustración de ROJAS

**M**INNA se había levantado más temprano que de costumbre, esa mañana. No era muy madrugadora, es cierto, pero al fin y al cabo, nunca abría el consultorio después que había llegado algún paciente. Ese día se había levantado muy temprano por la sencilla razón de no poder dormir, debido a todas las preocupaciones que llenaban su cabeza. Su cabeza era celosa; toda enroscada de cabellos rojizos que enmarcaban un rostro de cutis mate.

En realidad, a nadie se le habría ocurrido, al verla por la calle, —cintura frágil, piernas torneadas, estatura media, — que esa muñeca empuñaba valientemente las pinzas para arrancar una muela recalcitrante o hundía sin piedad la aguja de la inyección anestésica, las manos eran varias: las peores, el venimiento de una operación hecha para instalar el consultorio, la cesión aparente que del mismo había tenido que hacer a un colega amigo para salvarse del embargo, la compra inminente de nuevas ropas para la estación entrante. Las otras preocupaciones, las mejores, a pesar de ser mejores eran las que en realidad no la habían dejado dormir. Todavía ayer, viendo juntos como atardecía, desde la ventana del departamento de él, Mauricio le había vuelto a pedir que se casaran. Era dulce el pensamiento, pero ella sabía que no debía aceptar. ¿Para qué? Era curioso. Los papeles se habían invertido. Ella estaba satisfecha, orgullosa, de aquellas relaciones libres, desinteresadas, íntimas. El era quien no pensaba más que en casarse, como si ésto hubiera añadido algo. Ella, sutilmente, sabía que si se casaba con él su amor dejaría de ser la evasión de lo cotidiano, para convertirse en lo cotidiano mismo, que ella conocía bien por estar obligada a vivir con su familia: las cuentas, las pequeñas discusiones, un poco de malhumor, desayunarse. Por lo único que valdría la pena era porque se podía tener un hijo...

—"Cómo me 'secan' estos tipos como el profesor Vázquez. No son más que burocratas, burocratas, y todavía hablan de la "misión" de los profesionales. ¡La augusta misión de sacar muelas! Están más pobres que yo y se dan aires de apóstol. Se les saca a hipotecas, rebajas de salario y tan frescos. El otro día le hablé de ciertas respuestas que habían dado los médicos interrogados por un diario, y me contestó: —"Esa gente es la que hace la crisis, con su "snobismo" y su literatura. Si hablaran menos y obraran más..."

—"Cuándo les podrá entrar en la cabeza, a las gentes como Vázquez, algo parecido a una idea, a una inquietud?"

Minna pensaba y tenía energicamente sus cejas depiladas. Llegó al hospital y después de cubrir pulcramente su ropa con una túnica de cuello cerrado entró al salón donde practicaba, con otros dentistas, bajo las indicaciones del doctor en Odontología Florencio Vázquez.

—"Para qué tanto cansancio si a lo mejor no me dan el puesto nunca y sigo endeudándome en el consultorio?"

El optimismo de Minna no había reaparecido aún. La ciencia le gustaba, y cuando Vázquez empezó a explicar el caso que lo había ocupado esos días —esas semanas, mejor dicho— se dio cuenta de que le interesaba vivamente la explicación. Recordaba haber visto llegar allí un hombre visiblemente desesperado, con una ulcera alveolar que parecía difícilísimo detener. Indudablemente, Vázquez sabía mucho. Eso no se le podía negar. Vázquez ahora le demostraba, gráficamente, todo lo que había realizado la ciencia para salvar la dentadura de ese hombre joven, fuerte, simpático, que a los veintiocho años se hubiera quedado sin poder comer más que como un niño o un anciano, a menos que se pusiese una dentadura postiza. Se



## Los que escriben en "Crítica Revista Multicolor"

- ★ RICARDO M. SETARO, novelista y ensayista. Publicó un volumen de cuentos "El alma que se apresuró", de estilo muy personal y género fantástico. Nació en Mendoza. Ejerce hace tiempo el periodismo. Hizo una serie de notas sobre los verbales de Misiones, hacia donde se trasladó en avión. Ha viajado por Uruguay, Brasil, Chile, Francia y el interior del país. Reside en la Capital Federal. Prepara una novela, "Matrimonio", donde estudia la clase media argentina.
- ★ ANIMILIO VAGULA actuó en el movimiento ultraísta de 1921, colaborando con poemas en "Proa", "Revista Mundial", "Martín Fierro", etc. Nunca reunió sus producciones en volumen. Ha recorrido la República Oriental, Sgo. del Estero, Entre Ríos y el Chubut. Es topógrafo. Nació en Belgrano, en 1905. Es un jinete y esgrimista excelente.
- ★ JUAN L. ORTIZ vive en Gualeguay, provincia de Entre Ríos, donde tiene un puesto público. Autor de un libro de poemas titulado "El Agua y la Noche". Prepara un volumen de cuentos, del cual adelantamos el relato "El Loquito". Frecuentemente visita la Capital Federal.
- ★ GISELDA WELKER, escritora y poeta uruguayo, esposa del crítico y novelista Juan Carlos Welker. Entendida en literatura francesa, inglesa, norteamericana y rusa. Publicó un volumen de versos "La Costa Despierta". Ha colaborado en los principales diarios y revistas de su país y de la Argentina. Reside en Montevideo.
- ★ EMILIO VILLALBA WELSH es porteño. Ha residido cerca de cinco años en Europa. Cientista y ensayista. Nació en 1906. Ha colaborado en todas las publicaciones importantes del país y en varias de las que aparecen en París.
- ★ MAY SINCLAIR es una escritora inglesa que ha alcanzado enorme popularidad a causa de la audacia de su estilo y la originalidad de sus relatos, donde combina lo sobrenatural con lo erótico. "CRITICA Revista Multicolor" es la primera publicación en castellano que da a conocer un relato de May Sinclair, con carácter exclusivo.



# ★ La Acusadora Falta de Rastros

por E. VILLALBA WELSH  
ILUSTRACIONES DE RECHAIN

El oficio de policía — comentó el inspector Alban — suele prepararnos muchas sorpresas; una de ellas fue la lección que me dió un humilde meritorio en ocasión de un suceso que aconteció el año pasado. Ahora que estoy entre colegas, es la oportunidad para recordarlo y para que puedan sacar, a su vez, el mismo provecho que obtuve yo.

Como les digo, hace un año de esto, fuimos llamados por teléfono desde la casa de departamentos de la Avenida Tandil, porque sospechaban que algo grave había pasado en la habitación de uno de los inquilinos.

Eran las nueve de la noche; me trasladé en mi auto acompañado del meritorio Fernández. La casa de la Avenida Tandil era una construcción moderna de varios pisos, dispuestos en tal forma que la luz y el aire beneficiaban por igual a todos.

Nos recibió la encargada, acompañada de dos o tres inquilinos curiosos. Según parece, en la habitación 128 del quinto piso, se había oído un disparo y, aunque veíase luz en la ventana, nadie respondía del interior y la puerta hallábase cerrada con llave por dentro.

—Tiene usted otra llave? — le pregunté a la encargada. —Sí, señor — respondió — pero es que está la llave puesta. Con una simple maniobra empujé la llave que estaba dentro de la cerradura, la cual cayó y abrió con la otra. La habitación estaba iluminada; en el suelo, al lado de una silla estaba un hombre con una herida en la cabeza. Un caso de suicidio — pensé yo.

Busqué el arma. Apareció bajo la mesa: era una pistola calibre 45. Le indiqué a Fernández que la tomara con su pañuelo, por si habían huellas digitales. Me acerqué a la ventana; estaba abierta, pero hubiera sido imposible que alguien llegase a ella, a no ser por medio de una escalera, viable desde la calle, en todo caso. La pared era lisa, sin molduras, lo cual descartaba que una persona hubiese podido escalarla.

Desde esa ventana, se advertía, casi en ángulo obtuso, la otra ala del edificio, con todos sus pisos iluminados, y los vecinos asomados curiosamente y teniendo sus teorías personales sobre el suceso.

Llamé a los inquilinos que habitaban cuartos contiguos al de la tragedia. Eran los que ocupaban las habitaciones 127 y 129. El señor que quedaba en frente de la 129 había salido temprano — mucho antes de haberse oído la detonación — y, aun no ha-

bía regresado. El del 127, era un hombre joven y buen mozo. —Su nombre? — inquirí. —Ernesto Gaugin. —¿Qué sabe usted de su vecino? — Le conocía. —¿Si — contestó sin titubear. Sin llegar a ser amigos, tenía cierta relación con el Vevrás — éste el nombre del presunto suicida — era una persona algo rara...

—Absolutamente! — Interrumpió la encargada. — El señor Vevrás era una excelente persona y completamente normal, no como muchos que yo conozco... Gaugin no se inmutó por el desmentido ni por la alusión que parecía encerrar el final de la frase. Me hizo un gesto, como diciendo: "Usted me entiende" y prosiguió:

—Leía mucho y le causaban gran impresión sus lecturas. No me extraña que se haya suicidado, porque muchas veces en conversaciones, decía, con acento convencido que creía con André Gide, que suicidarse por exceso de felicidad era la única forma de comprender el suicidio.

El médico de policía, llamado por Fernández, llegaba en ese momento, por lo que debí suspender las declaraciones.

El doctor Cloud nos anticipó la novedad de que Vevrás había muerto instantáneamente, por tratarse de una herida mortal. Convino en que aparentemente se trataba de un suicidio, pero aconsejó la autopsia.

La muerte debía haberse producido hacia apenas una hora, es decir a eso de las 8.30 de la noche.

Terminada su misión, el doctor Cloud partió, y yo proseguí mis preguntas:

—Desde cuándo conocía a Vevrás? — Desde hace un año, cuando me vine a vivir aquí. —¿Ud. oyó el disparo? — Con toda claridad. —¿Oyó ruidos, voces, algo...? — No me parece, porque inmediatamente de la detonación, clemente porque estaba la ventana abierta, todo el mundo se inquietó en la casa, sonando timbres y haciendo preguntas o comentarios.

—¿Qué hizo Ud. entonces? — Me llamó, claro está, la

atención, y me quedé un momento tratando de dar con su origen, hasta que llamaron a mi puerta.

—¿Quién llamó a su puerta? — Yo, señor — dijo una mujer rubia, de rostro agradable, y bien vestida.

Me di vuelta para mirarla bien. Ella prosiguió: —Soy la que vivo en el 130, enfrente de la pieza del señor Vevrás. Yo oí el disparo y creí que era en la pieza de Gaugin. Entonces llamé. El me abrió, diciendo que también lo había oído. En eso llegaron otros vecinos, y en vista de que el 128 no contestaba, la encargada los llamó a ustedes. Pero con todo — agregó con volubilidad — me cuesta creer que Vevrás se haya suicidado porque si... ¿No habrá dejado alguna carta, señor inspector?

En eso vino Fernández, que se había quedado inspeccionando la habitación.

—Inspector — me dijo —, la víctima estaba leyendo cuando se suicidó. Aquí está el libro, en la página que estaba abierto.

—De André Gide — seguramente — aventuró Gaugin. —No — dijo la mujerita — es un libro que yo le presté: "L'au delà" de Charles Nordmann.

—El más allá — me tradujo al oído Fernández. — Es una obra de ciencias de metafísica o algo así.

Esto acabó por disipar todas mis dudas. No me pareció nada increíble — contrariamente a la opinión de la señorita Inés (la vecina del 130) — que Vevrás se hubiese suicidado. Era un caso sencillo: un individuo influenciable, provisto de la curiosidad del más allá, y demasiado impaciente. En resumen, un asunto concluido.

Cualquiera de ustedes hubiera pensado lo mismo. Recapitulen: la habitación cerrada con llave por dentro, la ventana abierta, pero inaccesible, el arma que correspondía al disparo, la literatura fúnebre de la víctima y las declaraciones de los testigos...

—Es más cómodo — me dijo en aquel entonces Fernández — creer en un suicidio, porque si fuera un crimen, cualquiera lo averigua.

—Señorita Inés — empecé — Me pareció notar algo de sor-

—Esta bien, gracias. Puede retirarse. Me dirigí al cuarto de la señorita Inés. Salí ella a recibirme.

—Señorita — le dije — necesito hacerle unas preguntas. ¿Puede atenderme un minuto? — Me pareció que la joven se había turbado ligeramente. ¿O sería que me estaba poniendo yo suspiros? La señorita Inés me invitó a pasar a su departamento. Eran unas confortables habitaciones modernas, adornadas con gusto y provistas de numerosas repisas con libros. En una de las repisas divisé una fotografía, que me tapaba algo un florero, pero que me pareció ser de Vevrás.

—Señorita Inés — empecé — Le ruego ponga la mayor aten-

ción en sus respuestas, pues lo que tengo que preguntarle es algo muy importante.

Inés se sobresaltó levemente, pero contestó con firmeza: —Empiece Ud., señor.

—Cuando Ud. llamó a la pieza del señor Gaugin, ¿se fijó en la ventana? — Sí, señor.

—¿Estaba cerrada o abierta? — Cerrada.

—¿Cuánto tiempo se demoró usted en llamar desde que oyó el disparo? — Muy poco; fui en seguida.

—¿Se demoró en abrir Gaugin? — No; abrió unos segundos después que yo llamé.

—Muy bien, señorita, muchas gracias.

Al levantarme, comenté: —Tiene usted una linda casa, señorita Inés, y es, por lo que veo, muy afecta a los libros...

Esta galantería solo tenía por finalidad acercarme a la repisa y constatar que el retrato que me vislumbré, era efectivamente el de Vevrás.

—¿Era usted muy amiga de él? — le pregunté señalando la fotografía.

—Sí... era un buen vecino y una persona muy culta.

—De nuevo, señorita, muchas gracias — dije retirándome.

Esta entrevista me había dejado algo decepcionado. Si en realidad la ventana de Gaugin estaba cerrada, quiere decir que de allí no había partido el disparo. Sin embargo, al decir de la misma Inés, el ruido parecía haberse producido en la habitación de Gaugin. Por otro lado, era muy posible que Inés se hubiese equivocado o hubiese mentido o que Gaugin haya tenido tiempo de cerrar la ventana antes de abrir la puerta...

De pronto me acordé que había olvidado al buen señor del cuarto 129. Llamé de nuevo a la encargada para preguntárselo.

—Es un señor enciclopédico — me informó —. Se llama Aristides Bacquetti y tiene una oficina de cambios o valores. Ahora está justamente en su pieza. ¿Quiere que lo llame?

Momentos después, el señor Bacquetti se presentaba ante mí. Venía con un gesto hosco y parecía muy incomodado.

—Me han dicho que usted quiere preguntarme algo? — exclamó a manera de saludo. —Eso es, y bastante, señor. Y tengo la bondad de sentarse.

Bacquetti siguió de pie. Sin insistir, comenté: —Conoce, usted, a su vecino Vevrás? ¿Qué sabe de su suicidio?

—Sí, lo conocía por haber hablado algunas veces. Era un tipo loco. Pero no sé nada de nada. No estuve aquella noche... ¿Es todo?

—No sabe si tenía enemigos, si estaba enemistado con alguien de aquí?

Bacquetti me miró recluso. —Adonde quiero parar? ¿Y? le han contado que discutía conmigo? Esa debe ser la mosca muerta de Inés. Y eso que yo la he visto salir muchas veces de la pieza de él y nunca he dicho nada... Ese Vevrás era medio comunista; por eso discutíamos. Y una vez lo mandé al diablo. Pero no se le habrá suicidado por eso ni me quedarán echar la culpa a mí, eh? Tranquilicé a Bacquetti y lo dejé ir.

En mi oficina encontré a Fernández, que pasaba unas notas a máquina. Me saludó apresuradamente y siguió su trabajo sin preguntarme nada.

—Y usted, Fernández, ¿qué opina del crimen? — dije, acentuando la última palabra.



TODOS los números, CRITICA Revista Multicolor de los Sábados, publica un gran cuento policial. Lea en el próximo número la historia de un misterioso asesinato descubierto a distancia por medio de razonamientos. Lo firma la baronesa de Orczy.

—Y impresiones digitales es porque han tenido la precaución de borrarlas. Por eso supuse que era un crimen y no un suicidio, antes de que el doctor Cloud descubriera lo de la deflagración. —¿Y qué ha sacado en limpio de esto? — Fernández adoptó un aire de suficiencia. —Anoche revisé la habitación de Gaugin... —Y no encontré nada. —Justamente. —Y revisé la habitación de Vevrás... —¿Y bueno? —La llave de la pieza, que nos olvidamos recoger al entrar, no sirve para cerrar la habitación. —¿Pero la puerta estaba cerrada? —dijo con asombro. —Sí, pero la llave puesta en la cerradura y que usted empujó era la llave de la habitación de Inés. —¡Diablo! —La señorita Inés es encantadora y muy inteligente. —Ha hablado con ella? —Ha un ratito. —¿Dónde? —En el despacho del juez, donde está en este momento. —De un salto. Este muchacho me iba a dar un disgusto. —¿Pero quién lo ha autorizado...? —grité encolerizado. —La señorita Inés —prosiguió Fernández muy tranquilo— se ha confesado autora del crimen.

—No sé si hubo crimen — contesté maliciosamente —, pero creo que convendría revisar la habitación de Ernesto Gaugin. Si usted consigue la orden... Fernández coincidió con mis sospechas: Malo, malo — me dije —, debo andar errado entonces. Pero no se me ocurrió mala la sugestión y el encargo de la pesquisa aunque sin mucho entusiasmo.

En la oficina no había novedades. Dos o tres comunicaciones del médico legista, donde me confiaba sus cavilaciones respecto a la ausencia de deflagración de la pólvora, que, científicamente, debió producirse, etc., etc.

Lo que más me incomodaba era la ausencia de indicios, de huellas, de datos que permitieran seguir una pista o elaborar una hipótesis aceptable. ¿Sería Gaugin? Habría que des-

cartar definitivamente a Inés y a Bacquetti, por supuesto. De repente me acordé que no había visto el informe sobre el arma, de la oficina dactiloscópica. Busqué entre los papeles de la mesa y lo encontré. Pero mi entusiasmo decayó: "No hay huellas de impresiones digitales".

A la noche siguiente, lo encontré a Fernández.

—Muchacho, ¿cómo nos vamos a arreglar si no hay siquiera impresiones digitales en la pistola? — Inspector — exclamé risueño — ¿No se le ha ocurrido suponer que la ausencia de impresiones digitales sea, precisamente, un indicio? —¿Cómo? — pregunté extrañado. —Y... naturalmente: si no

El hallazgo de la llave por parte del meritorio fue, simbólicamente aparte, la llave del problema. El resto, deducción. Con su teoría hecha, el meritorio fué a interrogar a Inés. Como todas las mujeres dadas a la literatura, distimulaba su nerviosidad con frases más o menos ingeniosas, pero los famosos nervios femeninos la traicionaron.

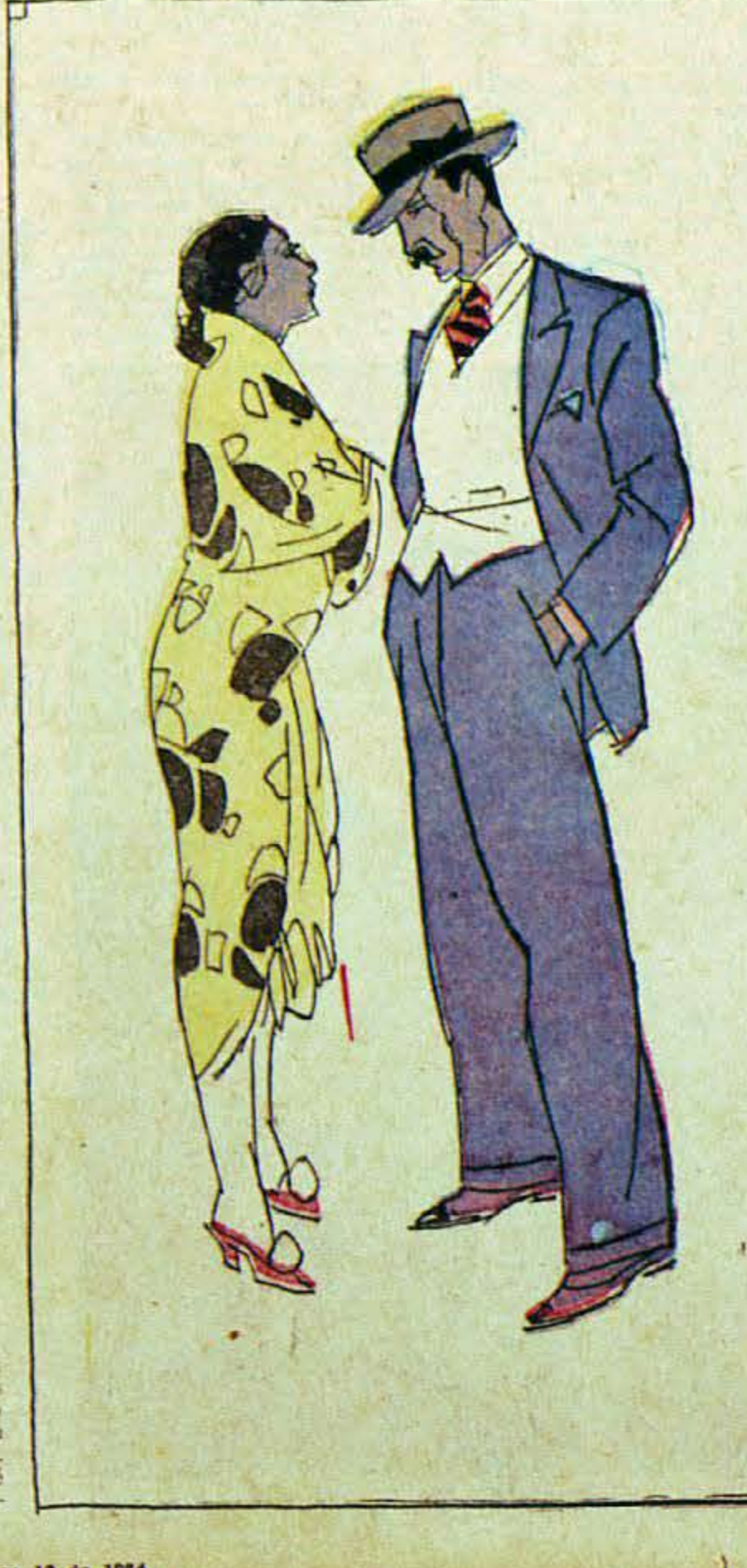
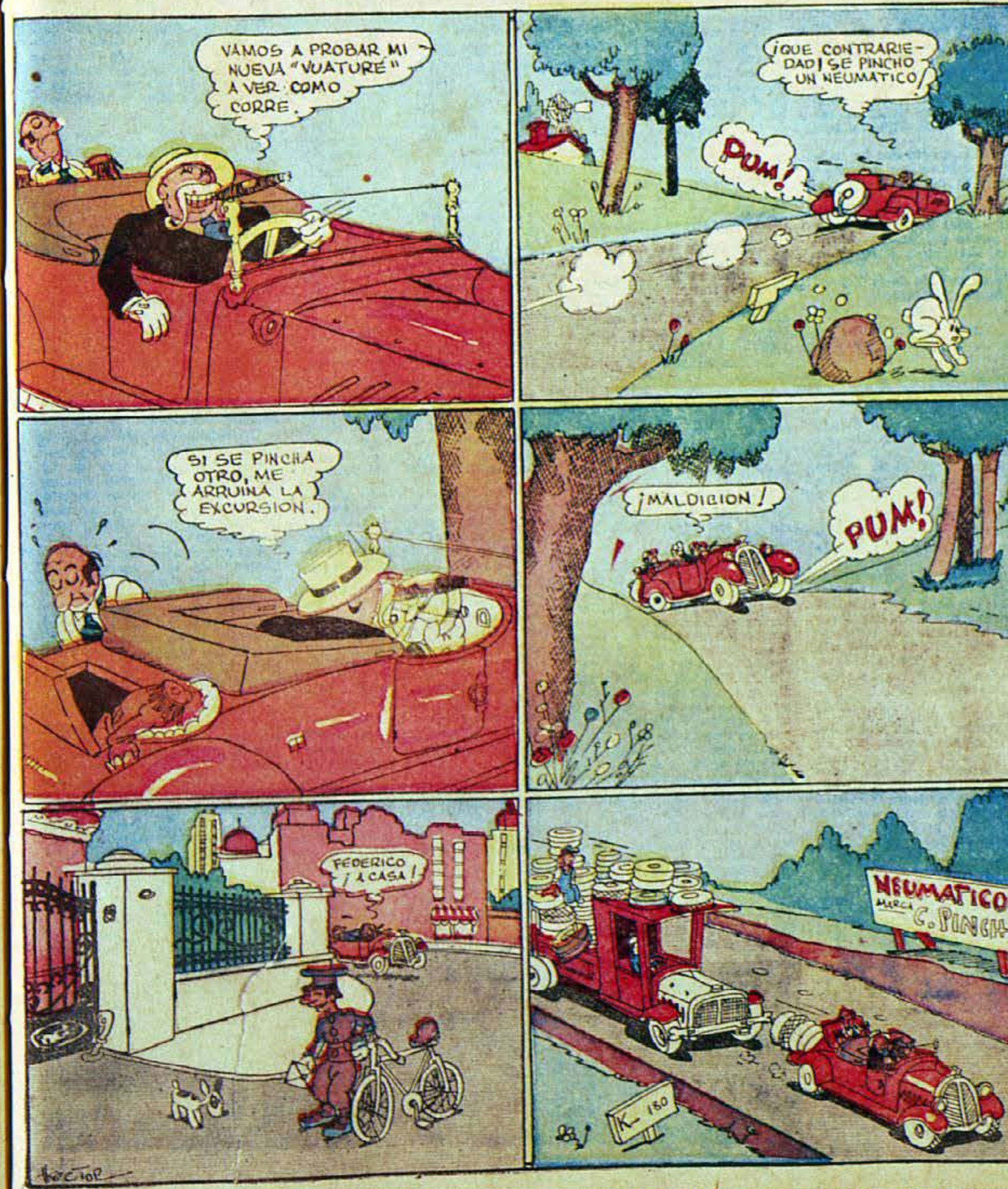
Ella era la amante —secretamente— de Vevrás. Cuando llegó a la casa el donjuanesco Gaugin, se sintió atraída hasta llegar a verse con él furtivamente en el corredor. Vevrás lo vivió un día besarse y planeó el crimen, pero el crimen salió a la inversa. Con esta teoría especuló Fernández, pretendiendo que si desde la ventana de Gaugin podía herirse a Vevrás, desde la ventana de éste podría también alcanzarse a Gaugin, arrojando después el arma por la ventana, por ejemplo.

Inés confesó que, habiendo entrado al cuarto de Vevrás cuando éste atibababa, arma en mano, la oportunidad de hacer puntería en la ventana de Gaugin. Al ser interrumpido le expresó a Inés que entonces tría a matarlo en su pieza. La joven logró arrebatarse la pistola y retrocediendo unos pasos disparó contra él, dominada por el temor.

Como era inteligente, reflexionó rápidamente sobre lo que debía hacer. Limpió la pistola con un pañuelo, para borrar huellas. Se cerció de que no había nadie en el corredor y atravesó hasta su pieza, de donde sacó la llave. La colocó apenas del lado de adentro y cerró por afuera con la verdadera, llevándosela. De allí corrió al cuarto de Gaugin, con ánimo de confesarle lo ocurrido, pero no se atrevió, y le preguntó si había oído ruido. Lo demás ya lo he contado. La pobre, debido a la vigilancia que puso en la pieza 128 no pudo recuperar su llave.

La enseñanza que me dejó el meritorio Fernández es que un buen policía debe sacar partido no solamente de las impresiones digitales sino hasta de la falta de impresiones digitales.

## El Nuevo Rico ★ por H. Rodriguez





# LAS INTRIGAS DE LOS AGENTES SECRETOS

LOS diplomáticos "ama-teurs" de Ginebra se han puesto a hablar con mucha habilidad. Los viejos diplomáticos profesionales de las embajadas, que entre paréntesis no trabajaron mucho tiempo en el pasado, se han aprovechado de esto para trabajar menos que nunca. En resumen, los verdaderos beneficiarios de este nuevo orden de cosas vienen a ser una clase de hombres muy temibles: los agentes secretos internacionales.

Nada más natural. La S. D. N. puede prevenir un conflicto amenazante; pero, ¿cómo podría detener las hostilidades en curso? La boca de los cañones no se tapa con el aliento de las buenas palabras. El verdadero fin de la actual política mundial consiste, entonces, en poner al Aréopago ginebrino frente a un hecho realizado.

Es para este fin que trabajan los susodichos agentes secretos internacionales, esos "encargados de negocios" audaces e irresponsables que suplantán — me temo que para desgracia de nuestro planeta — a los "encargados de negocios" responsables y caqueticos, a esos fósiles prehistóricos con plumas de avestruz. Y no son los ejemplos los que escasean.

**PROXIMO ORIENTE:** Después de las declaraciones hechas en plena Cámara de los Comunes, los vendedores de municiones inglesas han desempeñado un rol muy importante en el desencadenamiento de la última guerra griego-turca. Costó: cien mil muertos.

**EXTREMO ORIENTE:** Chinos y japoneses siguen degollándose alegremente. Ahora bien, hace bastante tiempo que audaces corredores han llevado contratos de provisión de armas en buena y debida forma a la "Wickers-Armstrong" inglesa y a la "Bethlem-Steel" yanqui (quizás publiquemos algún día curiosos documentos sobre este capítulo). Posible corolario: Una guerra del Pacífico.

**AMERICA DEL SUR:** Se sospecha la presencia de petróleo en los desiertos del Chaco y de Tacna y Arica. Bolivia, Paraguay, Perú y Colombia se agarran por los pelos. Esto demuestra que la "Royal Dutch" y la "Standard Oil" siguen ventilando sus pequeñas querrelas.

**ALEMANIA:** Aquí llegamos a unos descubrimientos sublimes. ¿Quién ha remitido a Hitler sus primeros fondos de propaganda, cuando desconocido y necesitado, preparaba el Putsch de Munich? Este alguien era un oficial del espionaje aliado: el comandante R... (Un tribunal alemán se ocupó de este asunto. Existen las actas del proceso). Cuando Hitler llega a ser una potencia ¿a quién encontramos en su círculo inmediato? Al capitán inglés Viviani Stranders del espionaje soviético, condenado por espionaje en detrimento de Francia. Esto sucede en 1925.

En 1932, los hitlerianos preparan la presa del poder. Trasfieren su cuartel general a Dantzig. Amenazas de guerra en contra de Polonia, legitimadas por una serie de despachos tendenciosos enviados a la prensa británica. El autor de estos despachos no es otro — que el agente inglés Greenwal.

1933: Enseguida de haber llegado a ser canceller, Hitler decide revelar al mundo sus pensamientos secretos. ¿A quién se dirige? Al coronel inglés Ebertson, un "oficial superior periodista" del cual tendremos que estudiar el rol desempeñado, un día de estos.

Los agentes secretos anglosajones no han dejado nunca de rodear al jefe del supranacionalismo alemán. ¿Y a qué nos puede conducir una tal "diplomacia" sino a una nueva carnicería mundial? Vamos a examinar ahora la manera con la cual los diplomáticos ocultos de postguerra se han interesado en las cuestiones rusas. Se podría escribir una biblioteca en-

**El espionaje internacional. — Sus peligrosas maniobras. — El misterioso Sidney Reilly. — Sus conspiraciones en Rusia. — Tres veces con el nudo a muerte. — El sensacional secuestro de Koutiepoft. — Su conexión con un banquero alemán y un agente fascista. — Detalles sospechosos de la investigación.**

to. Condenado a muerte por contumacia, llega a ser, bajo un falso nombre, alto funcionario soviético en los "bureaux" de la V. Z. I. K. que es el centro vital de la joven Rusia soviética.

Fué, sin duda, en esa época que conoció al maravilloso Orloff, viejo juez de instrucción zarista, que llegó después a juez de instrucción de la "Cheka", quedando, empero, de conspirador blanco.

El "funcionario bolchevique" Sidney George Reilly, trabaja en combinación con otro personaje de leyenda, Sir Paul Duker, jefe supremo del espionaje inglés en Rusia, con Bruce Lockhart, del cual hemos hablado, y con el comandante Ernest T. Boyce, elegante "gentleman" de cabellos canos que encarna al prototipo del perfecto oficial del "Intelligence".

Entre sus agentes figura un extraño individuo, de apellido ruso-turco, que será luego un feroz enemigo del capitán y que, cambiando de bandera, urdirá vastas intrigas entre los patrones americanos y los dirigentes comunistas.

Este B... S..., por otra parte, no desempeña más que un rol epiléptico y al lo mencionamos es sólo para demostrar qué intereses gigantescos se escondían detrás de estas historias de espionaje.

Damos a continuación el balance de las actividades de Sidney George Reilly, en Leningrado y en Moscú, hasta 1924: Organiza la conspiración de los letones. Proyecta la "supresión" de Trotsky. Facilita a Boris Savinkov, ex ministro de Guerra de Kerensky, el plan y los medios de acción del vasto complot antibolchevista conocido bajo el nombre de "organizaciones verdes".

La Tcheka no ha dejado nunca de perseguirlo: Es por tres veces condenado a muerte en contumacia. Mas esto no impide que él continúe sus valientes; sale de Rusia y vuelve a entrar con una entereza y sagacidad prodigiosas.

¿No servirá como experto de los negocios rusos en medio de la delegación inglesa a la Conferencia de la Paz?

La última vez que logró evadir del paraíso comunista, en 1924, el capitán llevaba un documento que se hizo famoso bajo el nombre de "Carta Zincovleff". Esta carta, auténtica o no, provocó la caída del primer gabinete laborista y la ruptura entre Inglaterra y los Soviets.

Durante algún tiempo, Sidney George Reilly, guiará la batalla antibolchevista desde el exterior. Episodios:

**1. — EL "AFFAIRE" BORIS SAVINKOV.** — Socialista revolucionario, organizador, en los tiempos del zar, de los espantosos atentados que minaron los mismos cimientos de la autocracia, ministro de guerra Kerenski, luego, aliado del general en su lucha contra los bolcheviques, y organizador de los "ejércitos verdes" (tropas anticomunistas

compuestas de socialistas y de paisanos), este Boris Savinkov, el gran Boris, parece un personaje de ensueño que haya tomado vida. Tal hombre no podía dejar de entenderse con nuestro héroe de aventura.

Savinkov llega en exilio. Reilly, bien pronto se hace su "manager". Las organizaciones verdes existen todavía en Rusia pero les falta el dinero y el apoyo en el extranjero.

El capitán se encarga de suministrarles todo esto.

En julio de 1924, gracias al oficial del "Intelligence", Boris Savinkov es recibido en Roma por Mussolini. ¿Cuáles son las promesas que recibe? Misterio. Que entre ambos hay cambios de promesas parece estar fuera de duda, pues hay que recordar que en esa época el fascismo terminaba de triunfar como reacción anticomunista.

El 10 de agosto de 1924, Boris Savinkov, ya vuelto de Rusia, deja París con destino a Leningrado, en donde debe tomar el mando de una inmensa sublevación. El jefe de los "verdes" no sea un pasaporto falso de fabricación italiana. Este pequeño detalle es suficiente para caracterizar a la empresa. Boris está acompañado por su secretario Doerenthal.

Algunos días después de haber cruzado la frontera rusa los dos hombres son detenidos por la Tcheka de Kiev.

Juzgado por el Tribunal Supremo Revolucionario, Boris Savinkov, hace una honrosa retractación, se convierte al bolchevismo y reniega de sus cómplices (si es que no los denuncia). Se le condena a una simple pena de encarcelamiento. Encerrado en la cárcel de Loubianka, Boris Savinkov se le suelta desde una ventana y muere. Las autoridades...

llegan naturalmente, a la conclusión de que se ha suicidado. Doerenthal fué absuelto. Ocupa actualmente un puesto elevado en el Ministerio del Exterior de Moscú, sección "Informes extranjeros".

Esta segunda conspiración de los "verdes" (la primera data desde 1918-19) termina en un horrible "vaudeville".

Descorazonado, tocado en pleno por estas traiciones, el capitán Sidney George Reilly se embarca para los Estados Unidos. Mientras tanto sus antiguos camaradas del "Intelligence" en la Rusia soviética — ahora instalados en los países del Báltico — han organizado un nuevo "affaire". Pero les falta un hombre de acción, un "metteur en scene" audaz. El comandante Boyce ruega a Sidney que vuelva a Europa para tomar la dirección del "affaire". El acepta. Esta deventurada se engolfó así en la intriga del "Trust No. 1" de infamada memoria.

**2. — EL "TRUST No. 1".** — Será tan inútil como fastidioso exponer el mecanismo del "Trust No. 1". Creemos por lo tanto que serían suficientes algunos datos.

En el interior de Rusia se

apoyará en las famosas como fantásticas "organizaciones verdes" que unos hábiles agentes despertarán de su torpeza. Damos a continuación los nombres de algunos de ellos (se verá después porque nos interesan):

El empresario de seguros marítimos J. Ghessen (ex agente de la Cunard Line en Leningrado), el ingeniero Jaconcheff, el empleado Oppert, el viejo oficial Tscherechenko y una señorita, María Schulz.

En el exterior se buscará reunir a los sólidos elementos de la emigración. El jefe de estas tropas de refuerzo será el último comandante de las divisiones blancas de Crimea, y sucesor del general Wrangel, el general Koutiepoft.

El alma de esta empresa no puede ser otro que el capitán Sidney George Reilly, veterano del antibolchevismo y as de las luchas secretas...

Una noche de setiembre de 1925, el capitán Sidney George Reilly, entra una vez más — una última vez — en la Rusia roja. ¿Para qué? Es esta una pregunta a la cual no se contestará. Parece que lleva a cabo esa peligrosa excursión para ponerse en contacto con un alto dignatario bolchevique al que habrían logrado afiliar a la conspiración.

Desde entonces ningún testigo al cual se pueda prestar fe ha vuelto a ver en la Europa capitalista a este personaje extraordinario. ¿Ha muerto?

Los diarios oficiales del bolchevismo anunciaron que el 28 de setiembre de 1925, una pa-

trulla de guardias rojas había sorprendido a unos contrabandistas que intentaban pasar de Rusia a Finlandia cerca de la aldea de Allakul. Hubo un tiroteo. En medio de los muertos se habría encontrado el cuerpo del "espiá inglés" Sidney George Reilly. ¿Está prisionero?

Un ex funcionario soviético, ingeniero Vladimir Brúnowsky, encerrado en 1926 en la prisión de Boutyrki — en Moscú — y luego expulsado en Letonia, ha declarado, bajo juramento, que en la cárcel había entablado relación con otro prisionero.

Este prisionero, sometido a un régimen especial, sería el capitán Sidney George Reilly, que los bolcheviques daban por muerto desde hacía un año. Hay que agregar que el ingeniero Brúnowsky apoyaba sus relatos con datos que sólo el jefe directo de Sidney o el mismo capitán habrían podido conocer.

Último toque de campana: Hablo a simple título de información. Desde Lord Kitchener hasta Ivar Kreuger siempre se encuentran algunos espíritus dotados de inventiva que tratan de "resucitar" a los desaparecidos de alguna importancia. Es así como algunos diarios han publicado la noticia de que el capitán Sidney George Reilly estaría en China organizando...

los "ejércitos rojos". Recientemente un diario ruso — del cual me guardaría bien de poner en duda la buena fe — publicaba dos artículos, muy interesantes en el conjunto, pero en lo referente a este punto especial, basados, a mi ver, en documentaciones más bien arriesgadas. El autor de esos artículos afirma haber encontrado al capitán en 1930, en un dancing de la capital. El oficial inglés habría ido a buscar, en una tienda de la plaza Vendôme, unos pedidos, que habría hecho mucho tiempo antes, en la época de su desaparición... de donde el autor de los artículos saca la conclusión intrépida de que Sidney George Reilly, lejos de haber sido muerto o detenido había pasado al servicio de los bolcheviques, los cuales le habrían encargado de secuestrar a su viejo compañero de lucha: el general Koutiepoft!

Personalmente he hecho largas encuestas sobre el caso Sidney Reilly; pero de estas informaciones...

Este experimento ya había sido ensayado por los "políticos realistas" en su lucha en contra de las fuerzas democráticas. Y Matteotti, fogoso animador, había sido "descartado" sin otra forma de proceso.

Debemos, además, añadir, que los "políticos realistas" se encuentran siempre entre sí, sea cual fuere el color de sus camisas: Negro a orillas del Tíber, partido en Berlín, rojo en Moscú. Es siempre bueno darse récords en estas materias, pues los pequeños presentes mantienen...

Y este Koutiepoft, después de todo, podía, quizás, guardar en sus cajones las pruebas escritas de conversaciones que se habían tenido con sus predecesores...

El general Koutiepoft desapareció el domingo 16 de enero de 1930. A las diez y media de la mañana salió de su domicilio situado en la calle Rousselet. Sus camaradas le esperaban en la calle Mademoiselle cerca de la iglesia donde se debía celebrar un oficio religioso, mas él no llegó.

Se paró en la estación del subterráneo Duroc e hizo unos cuantos pasos con aire preocupado, como si esperase a alguien.

A partir de ese momento se cae en la fantasmagoría. Los que releen en los diarios de la época los testimonios que fueron recogidos y "verificados" oficialmente no pueden menos que sonreír, no obstante que el asunto sea trágico.

De ese cúmulo de palabras resulta:

Que el general tomó la dirección de su domicilio cerca de la once de la mañana. En la esquina de las calles Rousselet y Oudinot, vigilaba un agente de policía, uno de los "falsos agentes" de la encuesta. Dicho falso agente, disimulaba, lo más visiblemente posible, su presencia en ese lugar desde hacía varios días!

Un taxi color rojo estaba parado en la calle Oudinot, y, cerca de allí, en la calle Rousselet, se hallaba otro auto particular de color gris. Dos hombres estaban cerca de este último. Estos mismos hombres aborrian al general que llega. Un "testigo" los ve discutir. Ese mismo testigo — que se encuentra en una casa — no piensa en leer número del coche. Esta persona "extravidente", ya ha notado que el falso agente no lleva en el cuello de su uniforme el número reglamentario. (?)

El general sube, por el amor o por la fuerza (los testimonios no concuerdan sobre este punto) en el coche gris. Este coche lleva adelante uno o dos "chauffeurs", y en el interior a los "tchekistas" y al falso agente, los cuales cloroforman, atan y asesinan a su víctima. El taxi rojo hace también parte de la caravana.

Agregaré también que para ciertos "políticos realistas", celosos de adelante de la Serbia y desechos de asegurarse la hegemonía de los Bakancs, este estado de cosas debía de representar, en caso de un conflicto, un riesgo al cual era imposible no dar importancia.



Antes de que el auto saiga intervienen otras comparsas: Un segundo "falso agente" corpulento y apoplético, una "mujer de gris" y un tercer "tchekista".

Después de esto, el taxi rojo y el auto gris cruzan París y corren por Francia. Se los ve sobre rutas diametralmente opuestas. Desembarcan su trágico contenido en unos buques, llegados especialmente (y secretamente) para la circunstancia sobre costas diferentes.

En resumen, los testimonios y las pistas se multiplican y entrecruzan tan bien, que la encuesta se pierde en las tinieblas de la incoherencia y los expedientes del juez de instrucción se llenan de un vacío sonoro.

No se seleccionan las declaraciones. Se coleccionan. No se pasan por el tamiz del sentido común. Y por lo tanto no faltan las críticas:

1. Querer secuestrar a alguien en medio del más grande secreto, y para hacer esto, disfrazar a unas comparsas de agentes de policía, es una cosa que se representa al "Ambigu". Mas la realidad, copia muy raramente las formas rituales del melodrama.

2. Dos autos — uno de los cuales lleno de asesinos que custodian a su víctima — no pueden cruzar una nación sin amorrar la marcha en una de esas pequeñas aldeas donde nada pasa inadvertido. Que sea en las costas o fronteras, el punto más cercano adonde habría podido llegar el auto gris para salir de Francia dista tres horas de la capital, y sin embargo en ninguna parte se ha notado su paso.

3. Antes de tratar de encontrar cómo ha desaparecido un hombre, es de suma importancia saber con qué personas debía encontrarse ese día, y si esas personas tenían algún poderoso interés en hacerlo desaparecer.

En materia criminal no hay nada más erróneo que las ideas preconcebidas. A los asesinatos, secuestros, fugas, etc., no se les puede dar a priori el aspecto clásico y seductor de las novelas folletinescas. Ninguna pista de herida ser descartada por el solo hecho de salir esta del esquema aceptado como el único posible.

Supongamos, por ejemplo, este: El domingo 26 de enero de 1930, a las diez y media de la

mañana, delante de la estación del subterráneo Duroc, el general Koutiepoft tenía un "rendez-vous" tan importante que para asistir a él dejaba de ir a un servicio fúnebre al cual este hombre, muy creyente, no hubiera, por cierto, querido faltar.

El general debe encontrarse con dos hombres. Con los dos juntos o bien con uno solo de ellos, que debería conducirlo adonde se halla el otro. UNO SERA UN SUPUESTO "BANQUERO ALEMÁN", agente hitleriano que el general conoce. DE ESTE GENERAL ESPERARÍA UNA AYUDA MATERIAL URGENTE PARA LOS "GALIPOLIENS" DE SERVIA.

EL OTRO SERIA AGENTE SECRETO DEL FASCISMO (cosa que sin duda el general ignora) y este agente secreto del fascismo tendrá la misión, no sólo de sondear los designios de Koutiepoft, sino de ponerlo en la imposibilidad de "dañar", es decir, de impedir todo contacto entre él y sus tropas acuarteladas en Servia, que inquietan tanto a los dirigentes de la política italiana.

Al "banquero" hitleriano que debe servir de anclazo, puede, por otra parte, sospecharse en excelentes relaciones con la G. P. U., ya que no existen departamentos estancos entre todos esos agentes internacionales.

Tanto peor para el general si encuentra entre cuatro paredes al "banquero alemán" flanqueado por el intermediario "italiano".

Llegamos por lo tanto a esto (siguiendo siempre en la hipótesis). No hay necesidad de un secuestro romántico, ya que el general ha aceptado ir a una cita. Un departamento cerca del "Etoile", una hermosa casa de un barrio tranquilo ve a los tres hombres reunidos.

Un infeliz azar quiere que el "banquero alemán" sea expulsado de Francia, después de la desaparición del general, sin ser interrogado. El agente fascista vuelve a sus lares sin ser molestado para nada. ¿Quién sospechará de él?

Las autoridades llegan a conocimiento de este escenario un año y medio después de su posible realización. ¿Qué hacer? ¡Nada! Ya es demasiado tarde.

La grande hlera que os he mostrado y que serpentea a través de las tinieblas donde hormiguean los servicios de espionaje internacional, era enemiga, era cómplice, en esa "jungla" donde se provocan los incendios para "quemar" a los agentes que se han hecho peligrosos, esa grande hlera, termina en las tinieblas.



## ESTUDIO CRITICO DEL "AFFAIRE" KOUTIEPOFF.

Una vez desaparecido Sidney George Reilly, la empresa, que él dirigía subsistió a pesar de todo. Su sucesor en el mando fué el general Koutiepoft. Este rudo soldado estuvo siempre a la altura de su misión.

Esclavo de un ideal que no le ofrecía otras alternativas que la victoria o el martirio, amasado por una voluntad inquebrantable, patriota ruso en todo y para todo (es decir que él no se entretenía en consideraciones de oportunidad ni de sentimentalismo) el general Koutiepoft debía solicitar todos los apoyos, cualquiera fuese el lugar en que se encontraban.

Jefe de los "Galipoliens", él podía contar con los restos del ejército blanco acuartelado en Yugoslavia. No obstante haber reputado inútil el estudiar esta cuestión, creo que 30 o 40 mil soldados rusos, todos hombres de la "élite", podían encontrarse en exilio al borde de la Sava. Y aquel que los había llevado hacia el fuego debía tratar de entretener su ideal y de alegrar sus miserias.

Agregaré también que para ciertos "políticos realistas", celosos de adelante de la Serbia y desechos de asegurarse la hegemonía de los Bakancs, este estado de cosas debía de representar, en caso de un conflicto, un riesgo al cual era imposible no dar importancia.



XAVIER DE HAUTECLOQUE  
ILUSTRACION DE PREMIANI



# La Obsesión de Rosina

POR

RICARDO M. SETARO

ILUSTRACION DE PAPPAGNOLI

Rosina Eldorado había caminado toda la mañana, no tenía un solo centavo y al cansancio general de su cuerpo se unía la temperatura ambiente y un difuso dolor que le retorció el estómago, provocándole una depresión tan grande que le enturbaba los pensamientos y hacía que se le antojara inaccesible la sombra de las solitarias habitaciones de su departamento, ubicado tan sólo a unos centenares de metros del lugar donde se encontraba.

Pero tenía la esperanza de que, al llegar a su casa, encontraría en ella, esperándole, a Pedro, el estudiante. Era el único amigo que continuaba siéndole fiel en su miseria y en su soledad. Y apuró el paso instintivamente, esperando que Pedro hubiese conseguido algún dinero, algo para comer. Poco después trasponía la puerta de la casa de departamentos donde habitaba.

El portero estaba esperándola. Cuando la vio llegar se le acercó y sin cumplir siquiera por rutina con la cortesía del saludo, le entregó una carta. "Es el último aviso", le dijo.

Rosina sabía que de momento a otro sería desalojada. Aduendaba varios meses de alquiler y solamente la dilación de los trámites judiciales permitía que aun continuara viviendo allí. "Si, ya sé", dijo lacónicamente, y se dirigió hacia el ascensor, fijó su pensamiento en la idea de comer. Oprimió el botón correspondiente al séptimo piso y el aparato empezó a subir.

Rosina había quitado el sombrero, que oprimía en su mano junto con la cartera vacía, y el pasar por los pisos, más que un acontecer determinado por el hecho material de trasladarse a etapas

de edificación, se revelaba a su conocimiento por las diferencias de los aromas y olores que exhalaban las cocinas, que la pericia del arquitecto no había logrado en aquella casa encerrar en la intimidad de cada hogar. Llegó así a la puerta de su departamento, en cuyo interior esperaba que estuviera Pedro aguardándola con algo para comer. Pero el estudiante no estaba allí.

Después de unos instantes de vacilación, en que todas las esperanzas que había acumulado en los últimos tramos del camino a su casa se desmoronaron como se desmorona el prestigio de los políticos cuando llegan al poder, se dirigió maquinalmente hacia la cocina y realizó allí esa repetida búsqueda de los últimos días, en que el hambre parecía aún mayor al observar las fuentes vacías, los recipientes exhaustos y hasta el depósito de residuos sólo ocupado por papeles sucios y latas de conservas baratas.

que habían sido su único alimento desde hacía algún tiempo.

Aquel violento contacto con la realidad pareció servir para que resaltaran de pronto, uniéndose, su cansancio, su hambre y el dolor cada vez más intenso de su estómago y la incomodidad de las ropas, empapadas en el acre sudor producido por la larga peregrinación de la mañana.

Rosina fue hasta su dormitorio, arrojó sobre una silla su cartera y el sombrero, que se había sacado al subir en el ascensor, dejó caer el aljofar diario, que sus manos habían ensuciado con la transpiración, y se desplomó sobre el lecho, anquilada física y moralmente.

Así estuvo un momento, casi sin conocimiento. Luego sus pensamientos fueron ordenados en un momento, acelerándose. Concebía y deseaba formas para hacerse de alimentos; se decidía a llamar a un amigo cualquiera para pe-

dirle que la invitara a almorzar, pero repasaba mentalmente los nombres de aquellos y el recuerdo de las negativas, las insinuaciones y los insultos iba borrándose uno a uno, vencida su esperanza por el amor propio o la repugnancia.

Recordó luego que algunas personas resuelven casos análogos hablándole claro al dueño de un restaurante... En ese momento sonó la campanilla del timbre. Tuvo un sobresalto, pensando en los rostros hostiles de los proveedores, que desde hacía muchos días reclamaban inútilmente el pago de sus últimas compras, pero la repetición sistemática de las llamadas, señal convenida con el estudiante, le proporcionó la alegría, llena de esperanzas, de la anticipación de la llegada de su amigo.

El estudiante entró sonriendo. Apenas saludó y se dejó caer sobre un sofá. "¿Conseguiste trabajo?", preguntó, mirando alrededor de la habitación con indiferencia afectada. Luego agregó: "A mí me fue mal. Comí en la pensión, pero no pude traer nada".

Rosina se quedó junto a la puerta, que acababa de cerrar, mirándolo fijamente. Luego, haciendo un gesto que sintetizaba su definitiva resignación, fue a sentarse junto al sofá donde el estudiante estaba a plomado, haciendo jugar entre sus dientes un sucio mondadientes.

"No hay trabajo para mí, dijo Rosina. Si me hubieran enseñado a hacer algo... Todas saben escribir a máquina."

Estaba con el rostro apoyado en ambas manos y los codos hincados sobre sus rodillas, mirando fijamente en un punto de la pared, del otro lado de la habitación. "¿Qué asco", dijo. Había hablado ma-



quinalemente y pensaba en el momento en que el dueño de una oficina llevó a su barbilla la mano velluda, cuando ella le dijo: "No sé hacer nada, pero sea bueno, déme trabajo". Después le contó al estudiante lo que había ocurrido.

Pedro la escuchaba y jugaba con el mondadientes. "Hoy comimos bien", dijo luego. "En estos últimos tiempos nos dan bien de comer. Algo raro le pasa a la patrona de la pensión: fíjate que hoy comimos pollo..."

Rosina seguía sentada a su lado, en la misma posición. Las palabras del estudiante le producían, al escucharlas, como movimientos reflejos en su boca y en su garganta, mientras sus glándulas segregaban abundante saliva y el dolor difuso del estómago se concretaba en agudos retorcionos.

Y el estudiante seguía: "Hasta fruta nos dan ahora..."

Al mismo tiempo Pedro acariciaba en su bolsillo los márgenes de una diminuta tarjetita. La sacó. Leyó su contenido que conocía de memoria y se la alcanzó a la muchacha. Había escrito en ella un nombre de mujer y las señas de un domicilio. Rosina leyó a su vez. Conoció la dirección. Había ido a buscar trabajo allí una vez, cuando apareció en el diario un aviso solicitando empleadas para un escritorio, y había salido de la casa asqueada por la proposición que le hicieron y por el rostro de facciones amasadas en vicio de la mujer que la atendió.

El estudiante, fingiendo la misma indiferencia que había asumido desde el momento de su llegada, le dijo: "No sé si te gustará, pero es la única solución. Yo seguiría siendo tu amigo y te ayudaría — agregó, y luego reanudó su conversación sobre la comida de la pensión. "Un puchero muy bueno nos sirvieron ayer..."

Rosina se había levantado. Tenía la tarjetita en la mano, mirándola fijamente, y caminó como una automata en dirección a la cocina, donde entró.

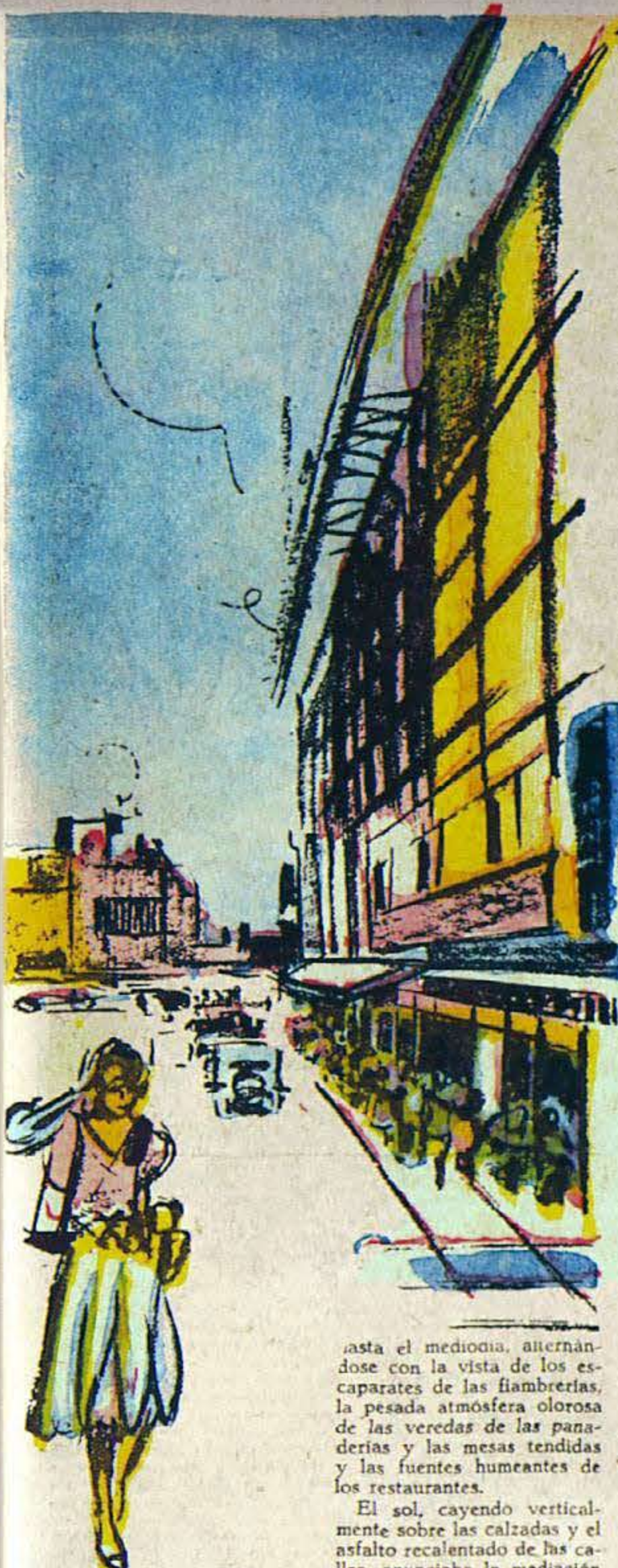
"Pedro", llamó al rato desde adentro. "Vení". El estudiante sonrió, se enderezó y se dirigió hacia el lugar donde ella lo llamaba. Abrió la puerta y antes de poner su pie en el suelo, disponiéndose a avanzar, dió un grito, levantó los brazos, crispados sus manos y se desplomó, cayendo de espaldas sobre el suelo. Rosina, de pie en el dintel de la puerta, tenía en su mano, ensangrentado hasta la ese, un grueso cuchillo de cocina.

"Vos me brindaste la última oportunidad", dijo en voz alta y al mismo tiempo cayó, como deshecha, anotadas sus fuerzas por el hambre.

Los diarios dijeron que el crimen de la calle Alsina era de carácter pasional y la misma Rosina Eldorado declaró al juez que había matado a Pedro Fuentes porque él amaba a otra mujer. Yo sé la verdad y los lectores que han leído, también.

Ilustración de

Una antigua estampa



Voy a contarles la historia de Rosina Eldorado, la muchacha que mató para comer. Ella no se llama en realidad Rosina Eldorado, pero no puedo nombrarla de otro modo: está en la cárcel y esta historia, lejos de atormentarla con el recuerdo de su crimen, ha de servirle tal vez de estímulo para soportar su pena al saber que alguien ha comprendido su drama.

Era apenas una muchacha cuando se casó. Creo que tenía entonces diecisiete años, y su matrimonio fue desdichado, sin belleza. Llegó a ser mujer antes de que la vida le proporcionara los elementos para ser una perversa en el amor. No conocía las formas retorcidas de la sexualidad de las mujeres estragadas y de los flirteos audaces, y él no tenía la experiencia de las mujeres puras. El choque fue así violento, irremediable, y se divorciaron.

Al poco tiempo eran dos extraños. El agrio pleito los distanciaba aún más y sus vidas se perdieron en la ciudad, despreocupado él de la suerte de ella, indefensa ésta ante la vida, sola en parentesco, sin dinero, con la amistad tibia de un muchacho estudiante, único amigo restante de su acabada familia.

Cuando ocurrió lo que voy a contar, hacía ya mucho tiempo que ella buscaba trabajo. Tenía agotado el crédito de los amigos, de quienes habíase alejado poco a poco a medida que sus pedidos de ayuda resultaban visiblemente molestos o provocaban las turbias insinuaciones y los no reprimidos deseos. Y la tarde anterior había sufrido el más rudo golpe: su propio tío — por la vía materna — hablale entregado maliciosamente las venas de un departamento, cuando ella le solicitó en préstamo una modesta suma de dinero. El pariente le había dicho, con gesto oblicuo: "Te espero esta tarde a las cuatro. Si vas tendrán todo lo que quieras".

No fue a la cita, y ese día se cumplieron, por primera vez en su vida, veinticuatro horas sin probar alimentos.

Anduvo toda la mañana recorriendo las oficinas de los anunciantes que pedían empleadas en la sección de avisos económicos de los diarios, y su fracaso en las solicitudes de trabajo fue,

hasta el mediodía, alternándose con la vista de los escaparates de las flambrierías, la pesada atmósfera olorosa de las verdades de las panaderías y las mesas tendidas y las fuentes humeantes de los restaurantes.

El sol, cayendo verticalmente sobre las calzadas y el asfalto recalentado de las calles, anunciaba la mediación del día. El tráfico se intensificaba con la salida de los empleados y las obreritas de las tiendas y la atmósfera se hacía más sofocante, irrespirable.

El despecho y la envidia consumían lentamente al caballero Macario de Montargis. Sus ambiciones y deseos de gozar de la privanza del rey Carlos V de Francia, se veían obstaculizados por el favor creciente que el soberano concedía al gentilhomme Aubrey de Montdidier.

Una sonrisa, una conversación aparte, un gesto del monarca hacia su rival, hacía palidecer el semblante del aspirante a los favores reales y sus delgados labios de envidioso sufrían la presión de los dientes en una involuntaria contracción.

Una vez que hubo llegado a la convicción de que le sería imposible suplantar a Montdidier en su rango cortesano, una idea surgió firme en su mente como única solución de sus amarguras y satisfacción de sus pasiones: la muerte de su rival. Y así lo juró.

Había que proceder con cautela y no demostrar un encono que lo hiciera sospechoso. Una tarde que Aubrey de Montdidier se encaminaba hacia el bosque de Bondy acompañado de su perro, Macario de Montargis lo siguió sin ser notado y de un certero golpe asesinó a su rival. El perro, atemorizado ante lo inesperado del ataque, no atinó a intentar la defensa de su dueño, en tanto que el asesino abandonaba rápidamente el lugar del hecho.

El animal asustado corrió sin descanso al palacio de Carlos V, en donde pronto fue reconocido por los amigos de la víctima, a los que, con sus movimientos y aullidos, convenció de que lo siguieran por lo sospechoso de su actitud. Llegados al bosque, escurrió con sus patas el sitio donde se hallaba semienterrado su amo, hallazgo que despertó la indignación de los cortesanos.

Retirado el cadáver, el perro acompañó los despojos a la corte quedando allí alojado. A los pocos días el caballero Macario se presentaba en el palacio real, y aunque no las tenía todas consigo trató de ocupar a toda costa la vacante que su víctima dejara. Apenas entrado al salón, el perro, que permanecía como aletargado,

rechinó los dientes, se iluminó su mirada y de un gran salto se lanzó recto a la garganta de su rival, el que a duras penas pudo librarse de sus colmillos con la ayuda de los demás cortesanos.

En lo sucesivo, cada vez que el mastín advertía la presencia del matador de su amo, entraba en furia súbita y se abalanzaba sobre el caballero, que

por estas circunstancias vino a ser sospechado.

Oídos por el rey los comentarios y habladurías de la corte respecto a este episodio, decidió que de continuar haría extrema su debilidad.

Por tal razón se apresuraron los preparativos para el combate. En los terrenos adyacentes al Palacio Real se preparó el campo, que era un espacio circular de unos quince metros de diámetro, rodeado por una

baranda, instalándose gradas y un palco destinado a ser ocupado por el rey y la corte.

Las condiciones del combate fueron las siguientes: El caballero estaría armado de un escudo y un bastón; el mastín dispondría de un tonel desfondado, colocado horizontalmente, donde podría guardarse en caso de verse en apuros.

Llegado el día del combate

del rey Carlos V, acompañado del Delfín, los príncipes Luis de Anjou, Felipe de Borgoña y Juan de Berry, el mariscal Mouton de Blainville, el almirante Juan de Vienne, el chambelán Gilles de Néonchel, el señor de Dampierre, Bertrand Du Guesclin y otros señores ocupó el palco y toda la corte, militares y gentilhombres llenaron las graderías que circundaban el campo.

A la hora indicada hizo su entrada al terreno el caballero Macario de Montargis, quien, previo saludo al monarca, se apostó para la lucha, tomando las armas que le correspondían y a pie firme esperó la llegada de su enemigo.

Este llegó conducido por dos palafreneros, quienes, una vez en el terreno, lo soltaron, quedando frente a frente los dos rivales.

No bien hubo notado la presencia de Montargis, el perro se lanzó sobre su presa y en la primer acometida el gentilhomme consiguió esquivar el ataque de su furioso adversario. El combate adquirió un gran interés dramático, pues el mastín, no obstante algunos golpes que recibiera, tomó mayores bríos, pues parecía darse cuenta del significado de la lucha y no quería dejar escapar su presa. Ni una sola vez se refugió en el tonel buscando tregua y sólo parecía atraerle la garganta de su adversario, adviniendo que era el punto vulnerable, que una vez alcanzado terminaría con su odiado rival.

El combate duró unos tres minutos, terminando con la victoria del perro, que al fin logró su objetivo, consiguiendo estrangular a su adversario, al que no soltó hasta que hubo expirado entre sus dientes y aun entonces tuvo que ser arrancado de su presa por varios servidores de la corte. El mastín sólo presentaba algunas magulladuras producidas por los golpes que su desesperado rival le asestara.

La culpabilidad del caballero de Montargis quedaba así demostrada y vengada la memoria de Montdidier por el más inesperado de sus vasallos, quien poco después se extinguió lentamente, pues no probaba bocado, cayendo en una postración pacífica y muriendo a los dos días del combate, en que tan bravamente defendiera la causa de su dueño.

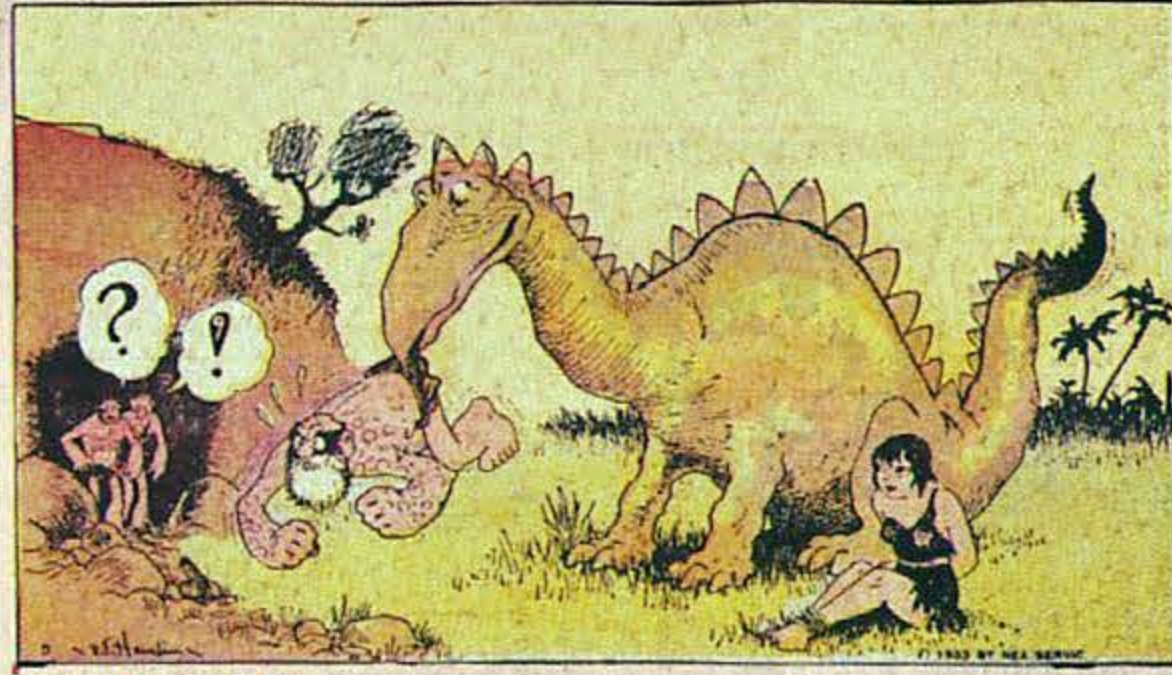


POR  
Carlos Pérez Ruiz





EN EL PICO.



PELEA CUERNOS



¡PIF PAF!



LA HUIDA DEL MONSTRUO



UN BAÑO VIRGINAL



## El loquito

por Juan L. Ortiz  
Ilustraciones de Rechain

ERA un haz de impulsos que se disparaban a la menor incitación. ¡Qué incitaciones sentía! Nada exteriormente le invitaba a la acción. La más perfecta armonía en torno. Calma traspasada de sol. ¡Calma! Muchas luminosas temblaban debajo del empujado, los pájaros cantaban, la luz jugaba arriba. ¡Obraba esto, o era una idea repentina, o una sensación imaginaria, o el impulso profundo de las corrientes de su misma vitalidad? El caso era que rara vez podía estar quieto. Un "petit souage". Sólo los cuentos que la madre inventaba para él conseguían quietarlo un poco, en una especie de abstracción soñadora. Un momento no más.

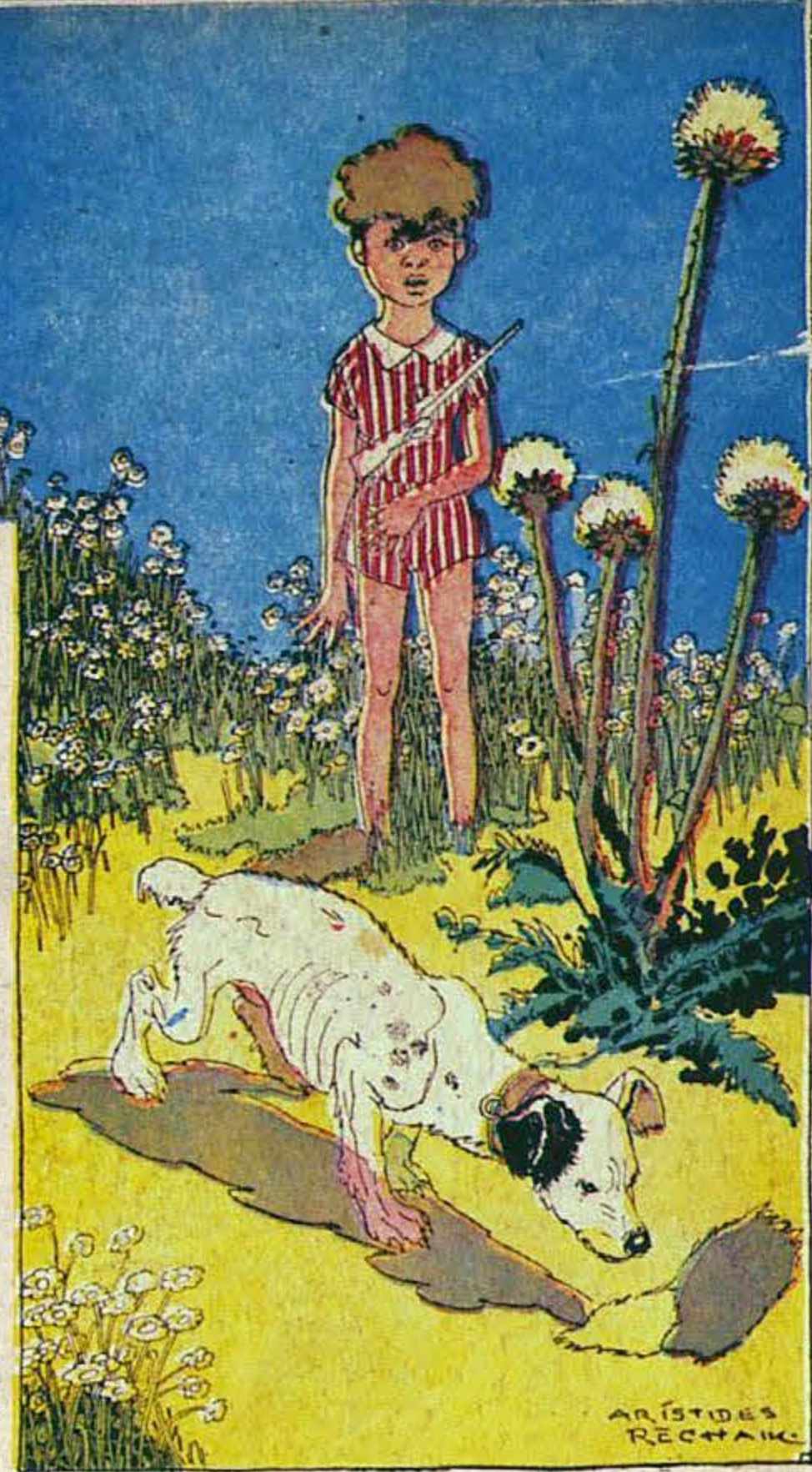
Esta vida anárquica tenía que chocar con todo. Tranquilidad doméstica, limpieza de mística fueron muros contra los cuales hubo de darse su alegría desordenada y ruidosa, su genialidad creadora, y de los cuantos se disparaba una palma punfativa que lo dejaba desconcertado un breve instante. Pues, en seguida, se estrellaba nuevamente con el mismo resultado.

También fue un cerco la tranquilidad vecinal, con consecuencias dobles, ya que a la furia llena de amenazas de la viejecita por la casa apedreada o el hijo golpeado, se sumaba siempre la mano maternal, con una retahíla, ya más inocua de consejos, de gestos y de voces desorientadas que resbalaban por su ligero dolor físico.

Tal tranquilidad no reaccionaba siempre de la misma manera. Eran las alarmas de las señoras por el barullo que armaba en la calle, o ante sus gritos destemplados, sus carreras vertiginosas, interrumpidas de abrazos furiosos o de tiernos imprevistos al guardapolvo de sus compañeros, alarmas que por cierto no le tocaban pero que oídas por los muchachos se concretaban a través de éstos en un apodo que acaso hubo de halagar su vanidad: "el loquito", palabras con que todo el barrio infantil quiso herirlo luego, en una especie de confabulación que se manifestaba con motivo de su más leve travesura o de su simple crueldad verbal. Los padres se preocupaban por esta hostilidad, ya que querían cuidar sus relaciones y por las consecuencias serias que podría acarrear a la criatura. Se proponían entonces normalizarlo, atraerlo al común nivel infantil, de noche, cuando se disponía a dormir. (Palabras prudentes que sonaban lejanas de su curiosidad interrogadora, curiosidad que cortaba de pronto ese curso de ética con preguntas sobre el mundo, sobre Dios, o que constituían el monótono compás del desvanecimiento lento de alguna visión: la vela de una lagartija que temblaba aún cortada, unos huevecitos de pájaro que, puestos en un jarro de agua, no se sumergían como sus compañeros...)

Y hacían esfuerzos por explicarse la violencia de su hijo, a la luz de algunas teorías científicas. La mañana renovaba el mismo ímpetu, los mismos choques, los mismos castigos. En cuanto se levantaba, para asustar al gato o a la perra, procurría en gritos desgarrados, se erguía sobre el pequeño audacioso, vuelto de pronto un círculo de ojos agrandados. Las palabras que él decía no las habían oído ni a sus padres.

Ensayaron los de él un cambio de ambiente, aunque fuera por breves días, a ver qué reacciones se producían en la criatura. El mismo desparpajo entre las mil curiosidades de la capital. Las mismas carreras impetuosas en el estrecho patio del departamento, los mis-



mos gritos, las mismas peleas con los chicos de al lado. Era, realmente, "incorregible". La más sutil pedagogía hubiera fallado en él. Los modos más suavemente tortuosos eran perfectamente vanos para reducir o canalizar aquel exceso vital, desde que explotaba al fin en otra forma más simpática, por más confortable, para la cordura mayor, pero de igual intensidad aloicada.

El pobrecito, sintiéndose dueño del mundo, empezó a sospechar que estaba éste todo acotado y guardado. Un paso que daba y ¡paf! se estrellaba contra una pared. ¡Y qué hermoso era el mundo! ¡Qué colorido, qué misterioso! Todos los días hacía descubrimientos. Su cuerpo vibraba a cada contacto. Sus pies, por ejemplo, tenían una sensibilidad especial; apreciaban las más fugaces "nuances" táctiles.

Tibieza delicada de la tierra en octubre, con la patina final, ¿de qué matiz? Sus ojos no podían precisar, pues fluía como la arena entre sus dedos. Las sensaciones de la tierra eran más francas, más puras que las del pasto, complicadas, insuavemente, ricas, estas, pero como él sentía, sin aquel corazón, sin aquel rostro ingenuo que no desconocía, por cierto, las finuras del sentimiento. Pero a la vuelta de esas experiencias estaba ¡ay! la reprimenda maternal confirmada por la habitual cachetada en razón de haberse descalzado e ido a los sitios vecinos "llenos de vidrios y de bichos". La misma que le esperaba si no resistía a la tentación de meterse en el agua de la calle vecina, cuando llovía, para sentir hasta la rodilla el impulso delicioso de la corriente florecida de espuma y alegría de barquitos de papel, y la que le aguardaba fatalmente cuando descendía del naranjo enorme de la casa, desde donde había imperado entre una muchedumbre de hojas y una huída de gorriones.

¿Cómo, si el mundo mágico era de él no se le permitía gozarlo? ¿Por qué a cada intento suyo de tomar posesión de sus cosas aparecía siempre un rostro enojado y una mano alzada?

Con una rebelión ya germinante, el encierro y la vigilancia le forzaban a juegos pacíficos. Por un momento poseía la gracia creadora. De sus manecitas inspiradas salían objetos de papel húmedos de aguas multicolores que él extendía igual que una aurora redonda.

Aquella mañana no estaba enfermo. Un pensamiento había madurado en su cabecita de seis años y medio. Comprendía. Súbitamente, su alma se había contraído. No estaba enfermo. Su madre se inquietaba tomándole la temperatura. ¿Qué le pasaba a su hijo? Le acariciaba los cabellos y le miraba a los ojos, que él bajaba con cierto pudor reciente. Deo desgarra interior, así que su mamá se hubo alejado, brotaron lágrimas, sangre pálida del conocimiento, que no refrescaban su rostro como las que le arrancara el dolor físico, sino que lo escupieron marcando sobre todo la frente y el entrecejo. ¡Adiós alegría turbulenta e ímpetu desorbitado que quisieron arrollar el mundo! Pisaba en el dominio de los hombres, descubierta de improviso, como a una claridad siniestra, en todo su arizamiento de organizaciones, de egoísmos pequeños y codiciados, sin ninguna gracia, sin ninguna imaginación.